Mundo Argentino

Año VIII.—Núm. 403

Septiembre 25.—1918



Las actrices de variedades: Anita García

Fot. F. Bixio y Cía.

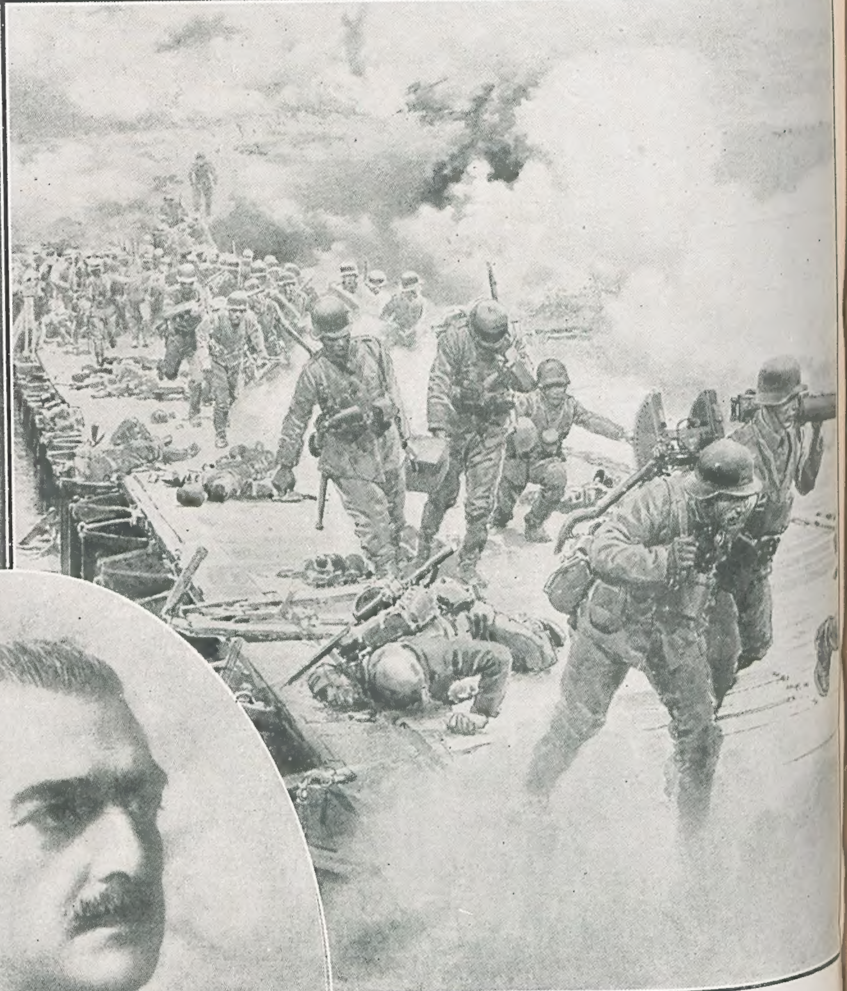
ÚLTIMAS INFORMACIONES GRAFICAS DE LA GRAN CONFLAGRACION EUROPEA



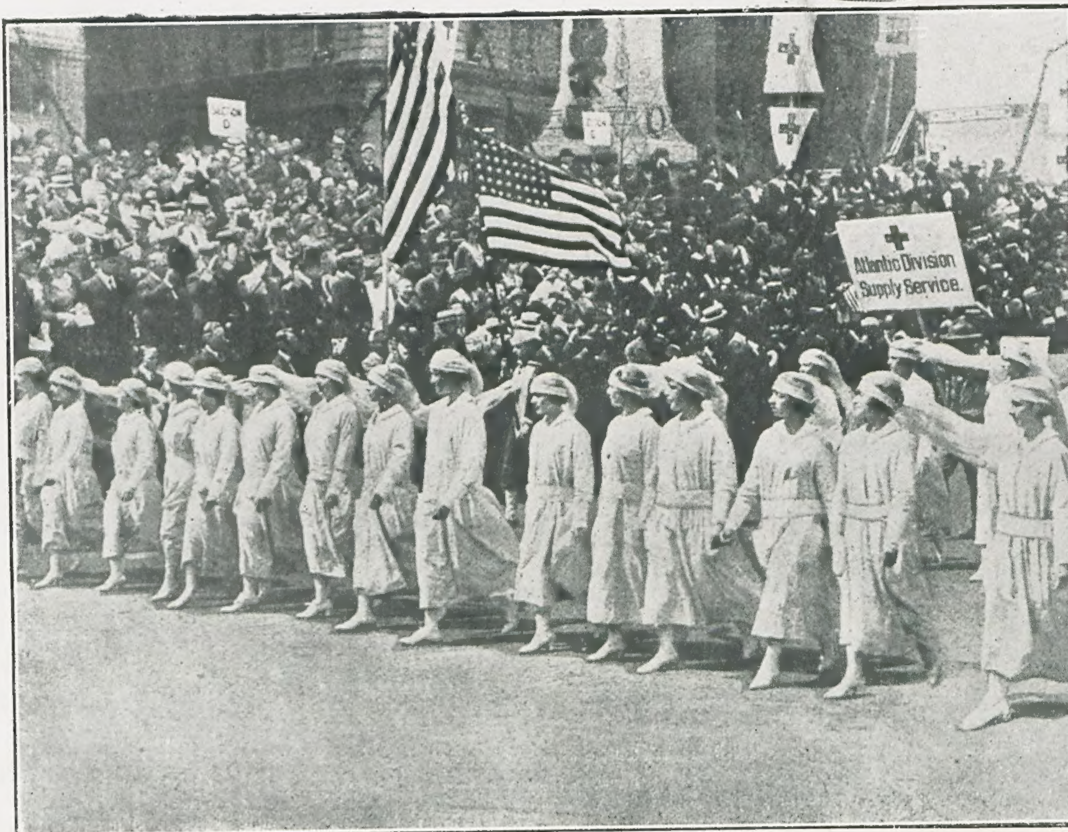
Representa esta escena los últimos momentos de Nicolás Romanoff, el ex zar de todas las Rusias, que fué ultimado por los maximalistas. En el lecho, el ex zarevich, que sobrevivió muy pocos días a su padre.



El general Armando Díaz, héroe de los italianos, vencedor del Piave.



Los alemanes se ven obligados a cruzar otra vez el Marne, camino de la derrota.



La sección de auxiliares femeninos del departamento de marina, en el desfile de la Cruz Roja norteamericana en Nueva York.



Una compañía de soldados norteamericanos ejercitándose en el empleo de la careta contra los gases asfixiantes, antes de marchar a la línea de fuego.

Mundo Argentino

Semanario popular ilustrado, el de mayor tirada en la América del Sur



Aparece los miércoles
Editado por la empresa Haynes
Maipú 393. — Bs. Aires

Precio del ejemplar al público en todo el país: 0.10.

Precio de la subscripción anual: $ 5 m|n. en toda la república y $ 3 oro en el extranjero.

Agente exclusivo para la venta en el Uruguay: Angel Adami, 18 de Julio, 873, Montevideo. — Esta agencia recibe subscripciones anuales en toda la república a $ 2.50 oro.

Agente exclusivo en Chile: Alfredo Sánchez A.—Casilla de Correo 3536—Santa Mónica 2169, Santiago.

Agente exclusivo para el Paraguay: Rufino D. Recalde, Avenida Colón, 185, Asunción.

Agente en San Paulo (Brasil): Antonio Anunziato, Rua San Bento, 67.

Los reporters y fotógrafos de la capital se hallan munidos de una credencial en forma, lo cual debe exigirse en todos los casos.

No se devuelve los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos.

AÑO VIII, N.º 403.—Bs. As. Sept. 25, 1918

LA SEMANA

Las relaciones con Chile

Las fiestas de confraternidad chileno-argentina, a que tan de corazón se asociaron ambos pueblos, demuestran cuán fértil es el terreno sobre el cual pudiera arrojarse una semilla de solidaridad americana. Y cuéntese que hay motivos para que las relaciones entre los estados americanos sean de una índole particular, que exceda el límite permitido por las posibilidades que de ordinario se ofrecen a los estados.

El caso de los estados americanos es muy distinto del caso general, verbigracia, del de los estados europeos. En Europa las diferencias de nacionalidad son naturales. En América nos atrevemos a llamarlas meramente jurídicas. Desde luego, es muy notable el hecho de que de aquí a Méjico se pueda transponer una tras otra la frontera de numerosos países, sin que por eso sea necesario variar de idioma. Es un caso excepcional, único en el mundo moderno, y al que sólo se parece el de la antigua Grecia.

Si nuestras naciones hubiesen de investigar sus caracteres más propios, aquellos por los que pudieran reconocerse distintas de las demás, encontrarían que esos caracteres son comunes a todas ellas, y que un argentino y un chileno, por ejemplo, no se distinguen de un español, un italiano o un francés, sino a trueque de reconocerse los mismos entre sí.

La nacionalidad argentina, chilena o mejicana, es esencialmente la misma nacionalidad, y sería inútil tarea querer encontrar entre ellas los rasgos diferenciales que distinguen a las nacionalidades naturales. Nuestra América es una sola nación que se encuentra dividida en estados independientes, al revés de los estados que, como Austria-Hungría, comprenden varias naciones. Si hablamos de naciones y de nacionalidades, es porque los diferentes estados producen la apariencia de la diversidad, y porque no podemos impedir el poder de sugestión de las palabras. En efecto, nación y nacionalidad son palabras que tienen dos sentidos, un sentido jurídico y otro natural, y siéndonos indispensable emplearlas en el primero, ellas se imponen a la mente con los dos.

El caso de los estados americanos es también distinto del de las naciones europeas por los temas de la política internacional. La política internacional europea versa sobre cuestiones de vida o muerte. No así entre nosotros. En ninguna de las cuestiones sobre que versa la política internacional americana se juega el destino de los pueblos. Sólo se discuten cuestiones de mejor derecho. La más importante de todas fué el pleito de límites argentino-chileno, y, sin embargo, lo que en ese pleito se ventilaba no era una cuestión de vida o muerte.

Nada hay, pues, que esencialmente distinga ni que fatalmente divida a las naciones americanas, y a esto debiera corresponder un género particular de relaciones, que abriese todas las posibilidades que permite un caso auspiciosamente excepcional. Mientras los gobiernos no las establezcan, no habrán cumplido su deber para con los pueblos, pues sólo el día que lo hagan habrán dado el paso definitivo hacia la grandeza y la tranquilidad de los mismos.

La supresión de la frontera comercial, los tratados de librecambio, son el principio de la política que, en el sentido de establecer aquellas relaciones, hayan de seguir los estados americanos. ¿Por qué no existen ya esos tratados? Culpa es de los hombres dirigentes. Nosotros tenemos desde hace dos años firmado uno con el Paraguay, pero el senado lo mantiene muerto en sus carpetas. Véase para qué sirve el senado argentino, compuesto en su casi totalidad por representantes de las viejas oligarquías provinciales, por hombres que, ocupando sus sillones contra la voluntad de los pueblos, sólo sirven para secuestrar y encarpetar los mejores proyectos que tienen a estudio.

Legislativo y Ejecutivo

En un país donde la tradición era que los miembros del Congreso tuviesen el honor de ser elegidos por una institución tan representativa del orden público como la policía, y de estar supeditados a tan augusta voz de mando como la de la Casa Rosada, bien merecía haber sido un acontecimiento el reciente voto de la Cámara de Diputados en el asunto de las interpelaciones. No obstante, parece haber causado una impresión pública muy mediocre.

Es que se daba una lamentable coincidencia. La cámara afirma su derecho de interpelar al Ejecutivo, en un período en que lo estéril rivaliza con lo interpelado, y al otro día del transiberiano debate de hacienda. Y esto explica muy bien que el voto de la cámara no fuese el acontecimiento que merecía.

La cámara quería interpelar al Ejecutivo sobre cuestiones de instrucción pública. Bien está. Pero no está bien que mantenga encarpetado un proyecto de aquél, que precisamente concierne a esas cuestiones, y que los cronistas parlamentarios tengan motivos para anunciar que el proyecto no será estudiado este año a pesar de que su urgencia esté demostrada por el interés de la cámara en interpelar al Ejecutivo, y a pesar de que lo abone la opinión de los hombres que entre nosotros son autoridad en ciencias de la educación, y del magisterio y del profesorado en masa.

Irritante explotación

Un cartel exhibido en sus vidrieras por las pequeñas agencias de lotería, recomendando al público que se abstenga de comprar billetes hasta el día de la jugada, para conseguirlos por su valor escrito renueva la cuestión del precio de la lotería. ¿A quién es imputable la culpa del recargo con que se venden al público? Bien suponemos que los unos se disculparán con los otros. Pero quien no podrá disculparse con nadie es el gobierno. Trátase de una irritante explotación, que es necesario que termine. Ella es uno de los abusos permitidos y de que se hicieron cómplice las administraciones anteriores. Si el gobierno quiere hacer cesar todos los abusos heredados de esas administraciones, es menester que también lo haga con éste. Si no nos decidimos a suprimir el mal de raíz, suprimiendo la lotería, que por lo menos no sirva para que el público sea explotado.

Ha de haber modo de que termine esa explotación y la administración de la lotería tiene el deber ineludible, no diremos que sólo de buscarlo, sino también de encontrarlo. El problema podría ser resuelto sobre la base de comisionar al Banco de la Nación y a la repartición de Correos y Telégrafos, cuyas sucursales son sobrado numerosas, de la venta de los billetes. Puede desecharse todo temor de que éstos no fuesen colocados, pues si el público los compra hoy con recargo, quiere decir que lo que sobra son interesados.

El voto obligatorio en las elecciones municipales

La junta escrutadora municipal comunicó a la prensa la siguiente nota:

"Con motivo de las innumerables consultas que se reciben diariamente en la secretaría de esta junta respecto de la obligación de votar en las próximas elecciones municipales, impuesta al electorado de la capital por la ley 10.240, ignorancia ésta que podría restar en parte eficacia a la primera aplicación de la citada ley, he creído oportuno solicitar del señor director que por los medios de que dispone haga conocer a los electores que las disposiciones legales pertinentes imponen dicha obligación a todos los ciudadanos inscriptos en el padrón nacional, sin otro requisito que la presentación de su libreta de enrolamiento.

"Respecto de los extranjeros, el ejercicio del derecho de votar ha sido declarado voluntario por el artículo 3.º de la citada ley."

Queda pues, oficialmente aclarado, para los que aun lo ignoraban, que en las elecciones municipales el voto no es sólo un derecho, sino que también es obligatorio. Las listas de candidatos son numerosas. Todos los partidos políticos han proclamado las suyas, y también las agrupaciones independientes del comercio y de la industria. No será difícil a cada elector encontrar una que le permita cumplir su deber de acuerdo con sus gustos y opiniones.

Peligros del hipnotismo

En la República Argentina, y, sobre todo en Buenos Aires abundan los llamados "profesores de hipnotismo". Son gentes que han resuelto el problema de vivir sin trabajar. Ponemos en guardia al público contra esos profesores, cuya ignorancia no es menos peligrosa que su mala fe. Son profesores que se han dado a sí mismos el título, o que lo recibieron de ridículas instituciones. El solo título de profesor de hipnotismo basta a mover a risa a las personas sensatas.

Hacemos estas advertencias en ocasión de un caso ocurrido en Turín el 12 del corriente. Una joven de 16 años, de apellido Serafini, que se había sometido a una experiencia hipnótica, sucumbió durante la sesión. El hipnotizador, que era un primo suyo, murió también, sin duda horrorizado de la barbaridad que involuntariamente había cometido.

Legisladores a dieta

Los miembros de la legislatura de Mendoza aprobaron recientemente una ley por la cual se asignaban una dieta de 600 pesos mensuales. Aunque parece justo que los legisladores sean moderadamente remunerados, esta no era la ocasión de esa ley. La provincia de Mendoza se ocupa actualmente de restablecer sus finanzas, desorganizadas por largos años de mala administración, y si el estado de ellas no le permitía sostener cincuenta escuelas que pasó al gobierno nacional, tampoco podía permitirle asignar dietas a los legisladores. Por lo tanto hizo muy bien el vicegobernador dictando un decreto por el que se desecha la ley mencionada.

A propósito de dietas, cabe hacer notar lo elevadas que son (1.500 pesos mensuales por cabeza) las dietas de los miembros del Congreso Nacional. Deberían ser reducidas a la mitad, con lo que anualmente se ahorraría cerca de millón y medio de pesos, suma capaz de muy buena aplicación en el cumplimiento de la ley de sueldo mínimo a los empleados y obreros del Estado.

La dieta de 750 pesos mensuales sería suficiente. Los congresales que para atender el cargo tienen que desatender sus negocios, bufetes o consultorios, no pierden menos con 1.500 que perderían con 750. Poca diferencia les haría. Y los que nada tienen que desatender, bien podrían conformarse con los 750.

No hay dinero

La diputación nacional de Entre Ríos y Corrientes ha presentado un proyecto de ley destinado a estudiar la construcción de un gran puerto sobre el río Paraná, cuya cabecera apoye en el puerto del Ibicuy. Pero, después de hechos los estudios, ¿cuándo se podrán iniciar las obras? ¿Ni cuándo se podrán continuar o acelerar las obras públicas actualmente paralizadas o semiparalizadas? El importe del impuesto a la renta solo alcanza para equilibrar el presupuesto, y aun se estima que en éste los recursos de aduana han sido calculados con exageración, lo que podría producir un déficit, aunque pequeño en comparación de los últimos. Si queremos obras públicas en otra parte que no sea el papel o la imaginación, será necesario cobrar coraje y variar radicalmente el sistema tribubutario, iniciando francamente la substitución de los impuestos indirectos por los directos. Esta substitución, como se comprende, si queremos obras públicas, si queremos progreso, no puede quedar para las calendas griegas. Por lo cual tampoco podemos ver con buenos ojos la propaganda para postegar el impuesto a la renta.

La procacidad

Nuestras autoridades municipales, como ya hemos dicho en estas mismas columnas, han puesto en práctica una labor de higienización moral que es de su competencia, secuestrando ciertas publicaciones malsanas. El hecho ha merecido nuestro elogio, pero como en este sentido aun queda mucho por hacer, con la alabanza repetida insinuamos una advertencia: la de que sus inspectores hagan valer el criterio municipal en esos cines dejados de la mano de Dios, donde la procacidad ha hecho su asilo. Artistas—así se llaman a sí mismos—de los dos sexos halagan las más bajas pasiones de cierto público, particularmente en esas salas de espectáculos sitas en el centro. Los empresarios, gentes de la más baja extracción social, cuyos antecedentes mercantiles tienen sanción en el código penal, fomentan la procacidad por hábito y por lucro. Algunos llegan a la reclame descarada y en una de esas salas hemos visto un cartel que es una tentación y que dice así, con menos sintaxis: "Esta película por su realismo no se recomienda para las niñas", y las niñas, claro está, acuden con la curiosidad enfermiza de nuestros días.

Gajes del oficio

Comunican de Portugal que en el pueblecito de Boncellas el vecindario se amotinó a causa de la escasez de artículos alimenticios, y apaleó bárbaramente a un acaparador. Tuvo que intervenir la fuerza pública para evitar que el acaparador fuera lynchado.

EN EL MUNDO DEL CINE

EL CONTRATO DE CARUSO. — Ultimamente el telégrafo comunicó que el tenor Caruso había sido contratado por una empresa cinematográfica. Las revistas norteamericanas, recién llegadas, dan detalles del asunto. El contrato ha sido hecho con la "Paramount".


Caruso

El conocido director Julius Steger se encargará de todo lo relacionado con la parte técnica. Sobre el sueldo que ha de percibir el célebre tenor, corren distintos rumores. Unos dicen que asciende en total a pesos 200.000, otros a pesos 100.000 con un porcentaje sobre las utilidades. Probablemente "debutará" ante el objetivo en una adaptación de "Pagliacci".

EL PARNASO Y EL CINE. — Un periodista norteamericano ha hecho las siguientes comparaciones entre las diosas del parnaso y algunas "estrellas" cinematográficas. A Mabel Normand, la llama Thalía, es decir, musa de la Comedia. A Nance O'Neil, Melpómene, diosa de la Tragedia. A Mary Pickford, Calíope, diosa de la Elocuencia, seguramente por sus campañas "oratorias" en favor de los empréstitos de guerra. A Lois Weber, la autora del argumento de "El precio de un placer", la llama Urania, diosa de la Astronomía, pensamos que por su buen "ojo" para buscar argumentos. A Irene Castle, Terpsícore, diosa de la danza. A Geraldine Farrar, Euterpe, diosa de la música, porque es cantante de ópera, y a Beresly Bayne, Clio, diosa de la Historia, según el dicho periodista, porque su nombre está ligado a la historia del cine.

LOS FAVORITOS

JOHN WOOSTER DEAN.—Nació en la capital de los Estados Unidos: Washington. 1.62 metros de altura. Trigueño, ojos y cabellos de color castaño obscuro. Debutó en el teatro por el año 1900, secundando a algunas de las más reputadas artistas de la escena inglesa. En agosto de 1915 interpretó por primera vez un papel cinematográfico en la película titulada "La boda de Kitty", de la marca "Lasky", secundando a Fanny Ward (su esposa). Desde aquella época ha permanecido al servicio de la misma compañía y el número de cintas en que ha tomado parte formaría un catálogo. Ultimamente, secundando a su esposa Fanny Ward se ha estrenado uno de sus buenos trabajos en el "film", "Escuela de maridos".

Aunque Dean declara que el cine es su trabajo y su diversión, sabemos que es un gran aficionado a paseos por el campo, a pie, nada de automóvil.

Jack Dean

LA GUERRA Y EL CINE. — El gobierno de los Estados Unidos, dada la importancia adquirida por el cinematógrafo, que ocupa el tercer puesto entre las industrias de aquel país, la ha declarado "industria de guerra", lo que asegura que seguirán llegando películas por mucho que dure la guerra. Por otra parte, los artistas de cine ayudan enormemente a la propaganda para los empréstitos.

Aparte de las jiras de Fairbanks, Mary Pickford y Carlitos, Marguerite Clark ha determinado, por sí sola, la venta de títulos de empréstito por 15 millones de dólares, adquiriendo ella sola por un millón. Theda Bara envía alrededor de 500 cartas diarias, con su autógrafo y retrato, recomendando a que se subscriban a los empréstitos. Ella ha adquirido títulos por valor de 300.000 dólares. Mary Miles Minter, Gail Kane y William Russell, se subscribieron 75.000 dólares. Cien mil Carlitos, además de que grupos de artistas conocidos sostienen hospitales, casas para soldados convalecientes, etc., etc.

DOS "VAMPIROS"... Y SUS ESPOSOS. —Louise Glaum y Gladys Brockwell son dos conocidas intérpretes de "vampiros", como dicen los norteamericanos. En sus papeles de mujeres perversas han obtenido grandes éxitos. Mas, es el caso de preguntar si la opinión de los ex esposos de las inteligentes actrices opinan que dichos papeles los hacen tan bien en sus casas como en la escena. Decimos esto porque el juez York, de los Angeles, ha concedido el divorcio de Louisa Glaum y el de Gladys Bockwell. A la primera por abandono del hogar... por el marido; y a la segunda, por mal comportamiento... del marido. En ambos casos, a culpa parece ser de "ellos", aunque quizá sea galantería de los jueces con "ellas".

UN BELLO GESTO DE LA BARA.—Theda Bara ha visitado recientemente a la señorita Marie Edwards, acusada de asesinato al senador Lyon, con objeto de estudiarla desde el punto de vista psicológico. La Bara tiene particular interés por todos los misterios de la vida, aparte de un loable espíritu de justicia para los desamparados. Después de su visita prometió a la infortunada su apoyo desinteresado en caso de que sea absuelta.

ALGO SOBRE MOLLY MALONE. — La simpática actriz de la "Blue Bird" es una de las actrices más jóvenes que actúan en el cinematógrafo. Cuenta apenas veinte años de edad, los cuales ha aprovechado de una manera admirable.

Nació en la ciudad norteamericana de Dénver. Cuando muy niña, sus padres la llevaron a Europa en donde adquirió la refinada educación que posee. Ha viajado extensamente por los Estados Unidos y Méjico. Conoce también varios países sudamericanos, en la capital de uno de los cuales ha vivido con su familia durante bastante tiempo. Hace dos años ingresó al cinematógrafo "por necesidad", según ingenuamente ella declara. Contrario a la mayoría de las actrices de cinematógrafo, la señorita Malone jamás pisó las tablas de un escenario. Los deportes al aire libre la entusiasman, sobre todo la equitación, siendo una jinete tan hábil como cualquiera de nuestros gauchos.


Molly Malone.

LA PRIMERA EXHIBICION CINEMATOGRAFICA EN BUENOS AIRES.—Pocos de nuestros lectores recordarán la época y el lugar donde fué proyectada, entre nosotros, la primera película. El hecho se efectuó por el año 1896, dando, por cierto, motivo a un suceso desgraciado. El espectáculo tuvo lugar en el teatro Odeón, y la película era un tren en marcha, fotografiado de frente, es decir, dando la impresión de volcarse sobre el público. Uno de los espectadores del paraíso, por sugestión o lo que sea, se lanzó al vacío, con la visible intención de caer bajo las ruedas del tren. Excusamos decir que el infeliz no pudo comprobar la ficción del tren que creyó verdadero, pues de resultas del golpe falleció. Tal los comienzos del cine entre nosotros.

DOUGLAS AUTOMOVILISTA. — Douglas Fairbanks fué recientemente arrestado por imprimir exceso de velocidad a su auto en el Boulevard Colorado, en Glandale, California. El juez recomendó a Douglas, combinar su velocidad al cine, y le impuso un dólar de multa por cada milla que se excedió al límite de velocidad permitido.

Fairbanks ha sido dos veces arrestado, la tercera vez posiblemente será encarcelado, sin poder obtener la libertad mediante el pago de la multa. Las autoridades temen verse obligadas a arrestarlo y están perplejas sobre el sitio donde deberán encerrarlo, pues no hay una sola prisión en California cuyas paredes no puedan ser saltadas por el simpático actor.

LOS NIÑOS TERRIBLES...—Leemos en una revista norteamericana:

Cuando se estrenó días pasados en el teatro "Strand", de Nueva York, el fotodrama en serie titulado "El ojo del águila", King Baggott, que desempeña el papel principal, tuvo la humorada de llevar consigo a su hijo. El chico es un entusiasta aficionado al cine, pero esta era la primera vez que veía sobre el lienzo al autor de sus días. Al terminarse la función, Baggot preguntó: Dime, ¿qué te parece papaíto en películas? ¿Te gustó mucho?—Prefiero a Fairbanks—contestó el niño con franqueza.

—Una de las mayores diversiones de Mae Murray es el automovilismo. En la fábrica la "Universal", donde trabaja, tienen una pista en la cual la actriz da rienda suelta a su pasión, aunque los automóviles que usa parecen de juguete por lo pequeños.


Mae Murray y su director R. Leonard preparándose para una carrera de autos

UNA ESCENA EMOCIONANTE.—Las revistas norteamericanas anuncian que en los talleres de la "Fox" se está "filmando" una película cuyo título inglés es "Rought and ready", en la cual William Farnum hace el papel de protagonista. Sabido es que la base para el éxito de un actor es la compenetración que éste tenga de la escena que representa. Pues bien, Farnum parece haber batido un "record". En la citada película hay una serie de escenas tan sensacionales, que al terminar una de ellas William Farnum sufrió una serie de crisis de nervios. En el grabado adjunto aparece el actor tratando de enhebrar una aguja, a fin de calmar sus nervios excitados, mientras uno sostiene una taza con algún calmante.



Las provincias de Persia pueden decirse que están por civilizar. Hasta los nobles de más elevada alcurnia carecen de alcoba y duermen en el suelo sobre unos colchones. Para ellos las camas, si las compran, son muebles de adorno, que colocan en la sala.

Al abrir en Cádiz una tumba fenicia tan antigua como el paso de aquella raza por España, se encontró en ella un esqueleto fosilizado, que tenía algunas argollas de oro en algunas partes. También había al lado del fenicio hallado, unos escudos muy interesantes.

El duque de Ligny posee un libro que se considera el más valioso del mundo. La obra en cuestión es una narración de la Pasión de Cristo, consistiendo su peculiaridad en que no está escrito ni impreso, sino que todas las letras han sido recortadas y pegadas.

El primer suicidio en aeroplano ocurrió en Varsovia el día primero de abril de 1912. El teniente ruso Pertoyski, se elevó en las mediaciones de esa ciudad, y, cuando se hallaba a considerable altura, suspendió el funcionamiento del motor, que vino a tierra con la velocidad del rayo. Al recogerse los destrozos del aparato y del aviador, se encontró una carta en la que manifestaba éste, que había resuelto matarse para poner fin a las intrigas de que era víctima.

EL ENIGMA



Han transcurrido algo más de tres años desde aquel día, y los meses que se cuentan desde agosto, que ha pasado, hasta hoy. Ya finalizaba agosto.

Yo ambulaba por una de esas calles desiertas de un barrio del este, hasta donde me había llevado mi deseo de andar, porque me gustan los días lluviosos, y aquella tarde caía en llanto fino una llovizna tenue, que llevaba al alma la suave melancolía de ese día gris.

Después de vagar un rato a la ventura y cuando ya me volvía, vi cruzar la calle silenciosa, a paso lento, un cortejo humilde, camino del cementerio. Detrás de la carroza fúnebre iban apenas tres coches, en uno de los cuales alcancé a distinguir la faz un poco triste de mi amigo. Me plegué yo también al acompañamiento, llevado por la curiosidad de saber por qué iba allí Laurence.

—¿Quién es el muerto?—le pregunté.

—¿Te acuerdas de aquella chica que encontré esa vez en una tienda? Es la misma.

—Bueno, pero vos por qué?...

—Eso te voy a explicar. Fué una noche en que, aburrido, me metí a la casa de la vieja Santos. ¿Vos la conocés?

—Un poco...

—Bueno. Entonces sabrás que de un tiempo a esta parte, la vieja ha prosperado algo... Y según dicen las malas lenguas, esa prosperidad la debe a la belleza de una chica huérfana, que el azar había puesto bajo sus garras. Su vivienda, de aquel cuartujo sombrío, donde noche a noche se juntaban las comadres a urdir la telaraña en cuya trama, tarde o temprano, debía caer la Fulanita, había tornado a ser una habitación más limpia, casi la mitad de una casa, en otro barrio apartado. Hoy era el sitio de reunión de la muchachada alegre...

Esa noche era noche de fiesta, y la guitarra y el mandolín y la flauta del requestín orillero invitaban a la danza en su media lengua musical. Allí volví a encontrar a Teresa—así se llamaba esta chica.—Un contertulio muy locuaz, sabedor de muchas historias, me refirió algo de la de ella. Fué, según me dijo, cuando Teresa contaba quince años escasos, y vivía, siempre con la vieja, en no sé qué conventillo. Una noche de esas, ya tarde, cuando, si no hay luna, las sombras son espesas, todo ruido ha callado y los ojos se cierran, un vecino de poco sueño vió cruzar frente a su cuarto a un señor... Guiábalo la vieja a lo largo del obscuro patio con la exigua lumbre de una bujía de sebo. Después se oyó el llanto de una mujer, y la voz de la vieja que ordenaba callar... Desde entonces la vieja tuvo con qué pagar sus vicios, con qué asear su cuarto, con qué comprarse muebles para adornar su vivienda...

—¿Y la muchacha?

—También cambió bastante la pobre. A los pocos días la vieron salir muy aliñada, con vestido nuevo, con zapatos nuevos, que realzaron su natural belleza. Los chicos de la madriguera, cuando la vieron así ataviada, comentaron: —"¡Miren!... la Teresa de ña Santos se ha vestío como una niña!"

Y después se cambiaron de casa. El señor siguió visitándolas durante algún tiempo, hasta que un día se fué y no volvió más. Desde entonces ella anda por la pendiente...

—¡Viejo zonzo!

—¡Y qué linda chica era! Cumplía los diecisiete años, y estaba adorable aquella noche. Su talle eurítmico y su carita blanca, de facciones finas, mostraban una perfección no común. Pero había en sus ojos grandes, grandes, por cuyo misterio vagaba su alma como una ondina, un algo de ese dolor oculto, de esa pena honda que sólo los ojos saben expresar. Por ellos supe que estaba triste, que sufría el mal acerbo de las cosas que no tienen remedio... Y me sentí atraído por lo hondo de esa pena, por la tristeza de ese mirar, por ese rictus amargo que así plegaba su linda boquita. La miré mucho, y ella también me miró. Desde entonces fuimos muy buenos amigos.

Yo seguí yendo después de aquella noche, porque con el correr de los días, el verla iba siendo ya una necesidad en mí. Pero pocas veces pude hablarla. ¿Me huía? Sin embargo, alguien me dijo que siempre me nombraba, que por mí sufría cada noche la retahila de la vieja: "qué hija de una... buena pieza! yo t'he criao, yo t'he dao de comer, t'he enseñao a vivir, y ahura que me podés servir p'algo, te querés hacer la santita! Miren qué santita!" La chica se encerraba en su cuarto a llorar, y bien podía la vieja gritar toda la noche, ella no abría, aunque después tuviera que pagar cara su aventura.

Por fin, una vez pude hablarla a mi gusto; fué una tarde que la vieja no estaba en la casa. Yo pensaba en lo triste que es la vida cuando no hay alguien que nos comprenda, que haga suyas nuestras penas, y acaricié la ilusión amable de otra vida, si corriendo juntos el camino por andar, libres, sin más vínculo que el de nuestro sentimiento, sin más lazo que el de nuestra afinidad íntima, fuéramos como dos vencidos, como dos hermanos... Y se lo dije. Pero ella no quiso.

—¿No quiso?

—No quiso. Después, ya cansada del mal trato de la vieja, se fué a vivir en casa de un matrimonio obrero. De allí iba a un taller de modas, y en las horas que le quedaban libres se ocupaba en asear la casa, en cocinar, en cuidar al hijito de esas buenas gentes que le dieron albergue.

—"Usté, niño, ha hecho este milagro"—me solía decir la buena mujer, mientras miraba a Teresa ocupada en coser o en planchar o en limpiar la ropa de los obreros.

—"Ha hecho bien de venirse con nosotros, la pobre—agregaba el obrero, un hombre bonachón, como de cuarenta años, mientras sorbía el mate calentito que la mujer le alcanzaba;—ha hecho bien, porque esa vieja..."

Pero conmigo seguía siendo esquiva. Muy rara vez conseguía que me atendiera; y cuando lo hacía, era delante de todos, cuando todos pudieran oir y yo no pudiera hablar de otras cosas. Sin embargo, de cuando en cuando me llegaba un ramito:

—"Para usté ha juntao la Teresa estas flores"—me decía el chiquilín que las traía. Después de ese, ningún otro indicio me hacía creer que ella se acordaba de mí.

Así pasaron varios meses. Yo, de tarde en tarde iba a la casa. Si podía hablarla, bien; si no, me volvía como había ido. Porque ya había pasado en mí esa inquietud que nos lleva a buscar aquello que creemos bueno alcanzar y que por no ser posible, decrece... Sólo me restaba por ella una gran simpatía, una especie de lástima que me hacía buscarla, que me hacía rondar siempre sus pasos.

Pero iba enflaqueciendo, enflaqueciendo, esta chica; y tosía mucho. ¡Quién iba a reconocer en ella a la Teresa de algunos meses antes! A la Teresa de talle armonioso, de carita llena, de ojos grandes, grandes, ahora sitiados por dos ojeras como dos plumas negras de un pájaro trágico. Es que el mal camino tiene muchas zarzas, y a ella la habían picado antes de que salvara la pendiente...

Una tarde, ya al anochecer, yo pasaba frente a la casa, y el obrero me llamó:

—"Permita, don Laurencito—me dijo—la Teresa está enferma en la cama y me ha encargao que lo hable."

Entonces entré. Había en la pieza algunos vecinos del barrio, y la mujer del obrero que de rato en rato mojaba el pañuelo en su llanto. El niño lloraba afuera, porque no le dejaban ver a la "hermanita enferma". El médico había dicho: "La enfermedad es mala y puede contagiar..." Pero ellos ya la querían como a una hija, y no podían dejarla que se muera "así no más". Por eso se estaba la mujer velando junto al lecho, y el hombre buscando al médico, comprando los remedios, endeudándose por todos lados, como lo haría un padre amante por salvar a la hija que se muere.

—"Se nos muere la Teresa, niño—lloriqueó la buena mujer cuando me vió entrar,—¡y tanto que nos habíamos amañao con ella!"

A una señal de la enferma, me aproximé al lecho. La luz de la lámpara titilaba sobre una mesita negra, cerca de ella; en el silencio del cuarto resonaba débilmente su respirar fatigado. Habló:

—"Don Martín—me dijo—yo sé que usted es bueno y que por eso, tal vez ya me habrá disculpado: cuando me conoció, yo ya estaba enferma... con este mal que no se puede curar... Pero creamé: yo siempre pensaba en usted. ¡Dios lo sabe, don Martín! ¡El lo sabe!

Y fijó en los míos sus ojos grandes, grandes, y lloró.

Entonces lo comprendí todo... Y anoche murió. Ahora comprenderás por qué vengo...

—Ahora sí. ¡Es el destino de muchas como ella!

—Ese es el fin de las que han nacido pobres, muy pobres, como ella.

El bar ha quedado casi desierto. Un parroquiano, de tres que juegan al truco, desde un rincón grita: "Envido!". El mozo cabecea afirmado en el mostrador, y tal vez mientras sueña, duerme en la ilusión de una cama más blandita... Así son los sueños: ¡siempre están distantes de esta realidad de... tablas!

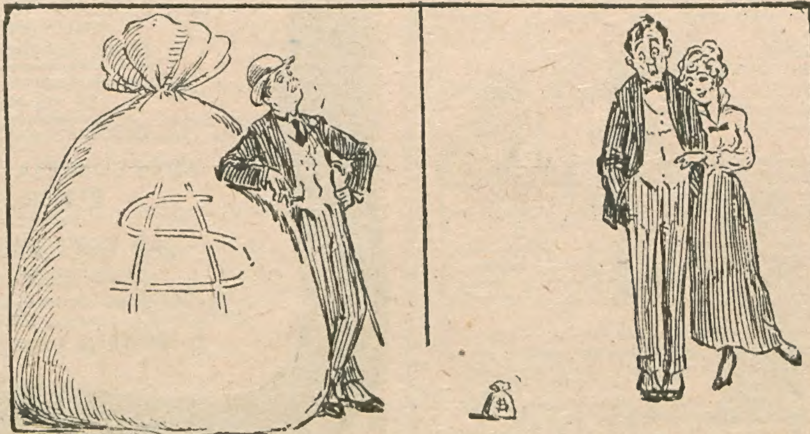
—Bueno, viejo, ya es hora—me dice mi compañero.

Ha cesado la música, y la calle está en silencio. Suenan doce campanadas en el reloj de la iglesia.

Ernesto JUÁREZ.

Dib. de Eusevi.

EL SUELDO



Cómo lo ve el soltero... ...y cómo se le antoja al casado.

Reflexiones consignadas al margen de una historia de Egipto

I

Nadie podía descifrar las inscripciones enmarañadas. Llega Champollion y dice: "están en lengua copta y en estilo demótico".

La gente quedó satisfecha, los grandes diarios proclamaron estruendosamente su sabiduría sin igual y elogiaron su talento genial.

Champollion dijo en qué lengua estaba aquello, y hasta precisó el estilo, mas se guardó bien de explicar lo que significaban aquellos indescifrables jeroglíficos...

Hoy día, en nuestros colegios los profesores son fuentes artesianas de nomenclaturas y catálogos clasificadores, fosforescentes y enmarañados, pero pocos incurren en el mal gusto de explicar la significación de las materias respectivas. ¿Por qué no se ahondan los conocimientos en lugar de atrincherarse en nomenclaturas!

II

El buey Apis, símbolo de Osiris, nacía y renacía gracias a la fecundización del rayo celeste. En la Argentina, la ganadería, símbolo de prosperidad nacional, requiere protección, pero, por eso mismo, las "Sociedades Rurales" se preocupan de confeccionar meticulosas reglamentaciones, mas no toman resoluciones de orden práctico, ¿o es que también tienen fe en la intervención oportuna y feliz del rayo celeste?...

III

En el viejo Egipto, patria de los viejos Faraones, los jueces, al tomar posesión de su cargo, juraban cumplir la ley de Trimogisto y "desobedecer al rey" si éste ordenaba algo injusto...

Eso acontecía 1918 años antes de Jesús. Hoy, trascurridos 1918 años después, aparecen jueces que, incapaces de desobedecer al rey, como aquellos bárbaros magistrados faraónicos, articulan serviles genuflexiones ante políticos y ante politicastros...

IV

En el Egipto, los gobiernos no se preocupaban del regadío de tierras. El Nilo, previsor y sabio, se desbordaba periódicamente, fecundizando el suelo. En las argentinas provincias andinas hay tierras que imploran riego. Sarmiento atestigua, lo mismo que todos sus comprovincianos y avecinados, que basta un simple riego para convertir aquel Sahara en Paraíso.

Sin embargo, de lo único que no se preocupan los gobiernos de los estados hermanados a los Andes es del riego.

¿O es que también esperan confiadamente en la llegada de algún Nilo, viajero generoso?...

V

Aun se conservan ruinas preciosas: hace 40 siglos que nadie ha osado mover una sola piedra.

En los territorios argentinos, durante 40 años, contados deprisa, pocos se atrevieron a mover una hectárea de tierra.

Y esos pocos, autores de esa violación inaudita, fueron castigados por su profanación indecible, siendo desposeídos de sus tierras, las cuales fueron otorgadas a los acaparadores y latifundistas.

He aquí la diferencia:

En las ruinas, la gente humilde habita, no hace nada, y nadie la desaloja...

En las tierras argentinas, la gente puede habitarlas, y hasta se les permite labrarlas. Pero, en cambio, goza del privilegio de ser desalojada...

Rafael ROISMAN.

CHARLA FEMENINA

Las ocho carillas de menudísima le tra que constituyen tu carta de hoy, pueden traducirse en una sola frase: "Me aburro". La he leído con detención, reflexionando ante esos argumentos que tú consideras soberanos e irrefutables.

"Mis veinte años no pueden avenirse a la soledad de estas sierras", me dices, quejumbrosa.

"La vida es monótona; la gente rústica; el paisaje me pareció hermoso al principio... pero siempre es igual y me hastía. Los libros que Jorge tiene en su biblioteca me distraen poco; el sonido del piano me entristece; y hasta la guitarra que él toca admirablemente, según dicen, me resulta aquí desagradable.

Me consumo de melancolía, tratando de ocultar este estado de espíritu, sin conseguirlo siempre.

Yo no sé cómo Jorge, con su juventud, riqueza y distinción, ha podido enterrarse aquí, renunciando a la deliciosa vida de Buenos Aires que a mí tanta falta me hace.

Me subleva verle siempre contento, cuando yo me consumo de tristeza. ¿Es que no somos iguales? ¿Es que la sociedad metropolitana en que actuábamos no le es ya indispensable, siendo tan necesaria para mí?

Si le vieras levantarse temprano, recorrer los campos, dirigir personalmente todos los trabajos, no le conocerías.

Y siempre risueño, sano, fuerte, bromista, feliz...

A pesar de lo mucho que le quiero, no podré ocultarle por más tiempo es e horrible sufrimiento. No sé lo que sobrevendrá después."

. . . .

Así continúan tus lamentaciones.

Enferma de un mal imaginario, debes curarte, a riesgo de labrar tu verdadera infelicidad.

Tu corazón padece la más triste dolencia, un incurable aburrimiento. Tus ojos están sin luz de no haber llorado. ¿Tú no sabes que el aburrimiento es tan horrible en la mujer como un vicio?

Si tanto te aburre el pasar de las horas ¿por qué no procuras distraerte?

¿No hay en tus vastos dominios, pobres que socorrer, niños a quienes enseñar a leer, niñas a quienes enseñar a coser y a rezar?

¿Por qué no pruebas a curar así tu aburrimiento, la hermosa, la altiva, la noble señora?"

Esta réplica, puesta por Benavente en labios del poeta, en una de sus preciosas comedias, es la mejor respuesta que pudiera hallarse a tu carta.

Alejarás el tedio que te agobia si dedicas tu vida a una empresa noble, ella te hará encontrar mayores alegrías en la quietud de esas sierras que en medio de los salones hoy añorados por ti.

Ignoras cómo Jorge puede ser dichoso en ellas y confiesas a un tiempo que trabaja siempre.

Ahí tienes el secreto de esa ventura que te mortifica, porque no compartes.

Prométeme imitarle. Eres una amazona excelente ¿por qué no le acompañas muchos días en sus largas excursiones a caballo?

En ellas encontrarás muchas tristezas que consolar; muchos males que remediar; ignorancia que destruir y, acaso, algunos ejemplos que imitar...

Reacciona, criatura. Hazte una vida fuerte, sana, útil, agradable y serena como la majestad de esas montañas que te circundan.

Que nunca llegue hasta Jorge la oprobiosa confesión que estuvo por escapársete en un momento de cobardía. Te hubiera alejado de su alma para siempre.

Que jamás pueda decirse de ti que "te aburres", palabras que a toda mujer deben ofenderla como un insulto a su corazón y a su entendimiento.

Prométolo, para que rompa tu carta o la reduzca a cenizas a fin de que—ni tú ni yo—tengamos nunca que avergonzarnos de ella.

MARIALY.

Intima

Al espasmo voluptuoso de sensual materia-
[lismo
derrumbábase el santuario, en el borde del
[abismo
engañada me asomé.
Iba dulce a despeñarme, con el alma tras-
[pasada
de un amor tan noble y puro como hostia
[consagrada,
y detúvose mi pie....
Como paria de la vida, seguiré mi rumbo in-
[cierto
ahogando mis anhelos, y en el árido desierto
un oasis hallaré,
donde beba mi ansia loca, de la fuente ben-
[decida,
aquel estro presentido, aquel elixir de vida,
que ferviente ambicioné.
¡Pobre ilusa!, lance el falso su siniestra
[carcajada,
burle fiero con su risa, mi ilusión despe-
[dazada:
—Ya no importa su blasón—
Roto el velo del misterio, las verdades res-
[plandecen;
y sus falsos silogismos, al conjuro langui-
[decen
como Apolo en la oración.
Si la estulta muchedumbre, burlar puede la
[belleza
de un alto idealismo, que no sabe de bajeza,
que no sabe claudicar.
Ya no importa; Si mi alma, en lo abrupto
[del camino
se elevó incontaminada del impuro torbellino,
sin que el cieno haya podido su blancura
[macular.

Isabel Figueras VALLS.

¡Señora de la Paz!

Porque tú eres la luz y porque siento
por mis venas correr la sangre santa
y porque veo con espanto el hondo
odio reconcentrado de las razas.

Madre de los caídos, tú que tienes
sacrosanto poder sobre las almas,
tú que la convulsión del Universo
contemplas, y repudias la matanza
de ancianos y de niños y de madres
y de una interminable caravana
de infelices. ¡Oh, Madre Poderosa,
haz que se apague el fuego de la fragua!

En nombre del Dolor y de los Hombres
cese en la tierra el manantial de lágrimas
¡Señora de la Paz, tu mano sea
la portadora de la augusta palma!

Felipe H. FERNANDEZ.

Oleo futurista

De un cuadro de music-hall.

Corren por el prado tres niñas inquietas.
Término barbudo que cantó Darío,
las mira encantado junto a las violetas
que viste las formas precoces de Estío.

Frases picarescas dedica a la seda
de las niñas locas un gnomo riente,
(se destaca al fondo, el Cisne de Leda,
mirando en la fronda a la Bella Durmiente).

El faisán se yergue bello, grave, altivo,
templa sus acordes el patas de chivo,
da el músico grillo, solos de violín,

y por cielo laca, cinco mariposas,
ebrias con el néctar de las rosas rosas,
sus vuelos detienen en blanco chapín.

Carlos A. VIRREIRA

La triste mentira

El gran amor que dices que me tienes
es una cruel mentira de tu carne
dolida y lacerada por la ardencia
siniestramente infame del deseo.

Es pequeño, lo sé, muy pequeñito,
lo veo en toda ti: en tus negros ojos,
en tu azorado rostro, ¡en todo el cuerpo
que incéndiase febril al menor roce!

Por eso no me afirmes, insistente,
que me amarás por siempre... ¡hasta ya
[muerta!
Engáñate si quieres, me resigno
a ser muñeco, ¡pero no me engaño!

Alfredo T. OROFINO.

Elena

Casta y hermosa subyugó mi mente,
rindió mi corazón cándida y buena,
y en la noche sombría de mi pena
fué la estrella divina de mi frente.

Dejó en su cabellera el sol naciente
todo el reflejo de su lumbre plena,
y las ondas del mar sober la arena
suspiraron su nombre dulcemente.

Es la heroína de mi estrofa altiva
que surge de las brumas pensativa
aumentando mi amor y mi tristeza;

Y por las sendas que de flores visto
irá mi musa pensativa y triste
en pos de su bondad y su belleza!

Enrique CAMINOS.

EL SECRETO DE LOS DOMADORES DE FIERAS

Todo el arte de los domadores de fieras —escribe Pedro Hachet-Souplet en su investigación acerca de la psicología de los animales—consiste en aprovecharse del temor de sus educandos y en llevarlos donde quieren ir. Al abrir la jaula de una fiera, ésta huye al lado opuesto. Si el domador no avanza, el animal permanece agazapado en actitud defensiva. Si el domador se acerca con aire amenazador, el animal trata de retirarse. Lo único que se necesita es dejarle un sitio para huir, pues de lo contrario se revolvería.

De este modo se hace que la fiera vaya de un lado a otro sin oponerle obstáculos. Los domadores no tienen otros secretos. Su arte consiste principalmente en hacer que lo que acabamos de decir parezca dramático a los espectadores, y, en lo posible, crear la impresión de que está dominando al animal. Para causar mayor impresión fingen titubear un momento antes de obligar a la fiera a saltar, lo cual logran haciendo un ligero movimiento de avance. Todo esto parece más dramático con los estallidos del látigo.

Los chinos conservan las uvas frescas todo ... sus nidos, en dirección de norte a ... pero con tal exactitud, que el viajero puede guiarse por ellos.

Los chinos conservan las uvas fressas toro el año. El procedimiento consiste en vaciar calabazas y depositar en su centro las uvas, tapando la abertura con la rodaja cortada al principio.

La manzana desinfecta la boca, equilibra los jugos del estómago, activa las funciones del hígado, impide la formación de cálculos y es un gran preservativo contra las enfermedades de la garganta.

En una mina de Johannesburg existe una grúa que puede alzar 16.000 libras de mineral desde una profundidad de 3.450 pies, en menos de un minuto.

En Canadá existe un manantial del que sale arena en lugar de agua. La fuerza que impulsa a la arena, desde una profundidad de mil pies, aun no ha sido descubierta.

PÁGINA AMENA



—Cuando tengas que pedir dinero prestado, pídeselo a un pesimista.
—¿Por qué?
—Porque siendo pesimista, no esperará que se lo devuelvas.



—¿Tío quieres darme cincuenta centavos para un pobre rengo?
—¿Quién es?
—El boletero del biógrafo.



—¿Cómo dices que te debo catorce pesos si sólo son trece?
—Creí que eras supersticioso.



—Tengo una idea que vale millones.
—¿Cuánto quiere por ella?
—Cinco pesos solamente.



—Voy a ver si me dan trabajo en el ferrocarril. He visto en el diario que necesitan durmientes.



—He recibido una carta anónima en la que se me insulta.
—¿Y qué piensas hacer?
—Batirme con el autor.



—¿Qué te dijo tu padre cuando le dijiste que quería casarme contigo?
—Nada; se echó a reir.



—¿Qué dijo su patrón cuando le avisó que había venido a verlo?
—No me gusta decir palabras feas.



—Señorita: es usted encantadora, es usted divina...
—¿Es usted... rico?



—Quisiera saber cómo se fabrica un cañón.
—Es lo más fácil del mundo: primero se hace un agujero, que se rodea luego con acero.



—¿Cómo desea que le corte el cabello?
—Sin hablar.



—¡Una limosnita, señor, a un pobre hombre que no tiene más que un revólver cargado en el mundo!



—¿Quiere que le sirva lengua, señor?
—¡No, por Dios! ¡Me basta con la de mi señora!



—¿Te vas sin tomar el café?
—No hace falta; cuando llegue al escritorio me lo dará el jefe por llegar tarde.



—Voy a hacerte una pregunta.
—¿Una sola? Mujer ¿estarás enferma?

ANÉCDOTAS

LA PENA DE MUERTE

Corría el año 1873 y con él una época nefanda para la bella nación española: era la época en que momentáneamente derruido el poder real se elevaba sobre sus ruinas una república naciente.... Pero nacía con albores rojos, muy rojos, signo vidente de una vida efímera, de una caída inevitable, tal vez...

Presentada la renuncia del rey don Amadeo de Saboya y, proclamada la república, ocupó el primer puesto don Estanislao Figueras, al mismo tiempo que don Nicolás Salmerón se ocupaba de la cartera de gracia y justicia.

A altas horas de la noche de aquel día memorable, en el hogar de don Nicolás la familia velaba aún... Su esposa, amante compañera, deseaba oir el relato de los sucesos del día, y los hijitos, dignos de aquellos virtuosos padres, la acompañaban. Por fin oyóse el ruido del coche que llegaba y no bien hubo entrado don Nicolás a la habitación, el segundo de sus hijos, un varoncito que a la sazón contaría ocho años, plantóse ante él, adoptando un porte todo lo altivo y severo que pudiese permitírselo su inocente y alegre carita, y díjole:

—Padre, tú que siempre nos enseñaste el bien y la virtud, tú que nos inculcaste que la pena de muerte es una barbarie y un crimen... prométeme que mientras gobiernes no permitirás matar a nadie...

Honda impresión produjo ese arranque en el alma de aquel padre que tán óptimamente veía fructificar la semilla por él sembrada, y:

—Te lo prometo formalmente, hijo mío—contestóle besándolo.—Pero vete a dormir ahora, que ya es tarde...

Los sucesos sangrientos seguían azotando la patria... Caído Figueras, Pí y Margall, fué llamado Salmerón a la presidencia... Como lo había prometido, prohibió la pena capital, pero más tarde, por veleidades de la suerte o de la política, fué nuevamente votada: se pedía su completo restablecimiento, y aquel bravo hombre, ante esa oposición, antes de contrariar sus sentimientos, antes de doblar un juramento dado a un infante, que tan inocente pero tan gloriosamente abogaba por su patria, renunció irrevocablemente a su puesto.

Aquella noche, ya no se le esperaba en el hogar... Al volver a él con el corazón dolorido por el estado de las cosas de su país pero con la firme convicción de haber obrado bien, tuvo necesidad de acercarse a la cama de su hijo, le besó y luego, suave, muy suavemente, lo despertó.

—Nicolasito: ¿te acuerdas de aquella recomendación que me hiciste el día que me nombraron?

—Sí, la de la pena de muerte, y que tú me prometiste... papá....

—Bueno, hijo mío, sabe que por no faltar a mi promesa, acabo de renunciar...

Y no pudo terminar porque dos bracitos suaves y calientes le estrechaban apasionadamente a la vez que una boca de querube sellaba sus labios con fuertes besos...

Aquel abrazo era el mejor premio, pues era la exteriorización de un sentimiento hondo, noble, inefable, brotado de aquel corazoncito digno hijo de aquel otro templado ya en las luchas pero por eso no menos noble ni menos fuerte y digno.

Clara Dora Antenzón.

UN RASGO DE CARNEGIE

Es conocida la generosidad con que Carnegie distribuye su dinero. No repara en cantidades cuando se trata de hacer una buena obra. Pero es también sabido que no hay que abusar de su generosidad, porque nada contraría tanto al famoso millonario como la certidumbre de que se trata de explotar sus buenos sentimientos.

Pasaba un día por los alrededores de un pueblecito, cuando vió a un campesino ocupado en colocar en su vivienda un techo de paja. Carnegie le preguntó por qué no colocaba, en vez de techo de paja, uno de tejas.

El campesino le contestó que porque era muy caro y carecía de dinero para pagarlo.

—¿Y cuánto cuesta un techo de tejas?

—Cincuenta libras, señor—díjole el campesino.

Sin decir más, Carnegie sacó una libreta de cheques, llenó uno por esa cantidad, y se lo entregó al campesino, que no salía de su asombro.

Cuando el filántropo se hubo marchado, el labriego entró en su casa, y, hecho unas pascuas, contó a su mujer lo ocurrido. La mujer, lejos de celebrar la buena fortuna que les había deparado aquel día, comenzó a regañar a su marido, diciéndole que debía haber pedido más.

—¿Por qué no le dijiste que el techo costaba 75 libras esterlinas?

El campesino, pensando acaso que su mujer tenía razón, y que se había quedado corto, se dirigió inmediatamente a la residencia de Carnegie, y pidió hablar con éste: Una vez en su presencia, le manifestó que se había equivocado al calcular el costo del techo, el cual no valía menos de 75 libras esterlinas.

—¡Ah!—exclamó Carnegie, tranquilamente.—Muy bien; ¿quiere, entonces, devolverme el cheque?

El campesino creyó que el generoso benefactor se lo pedía para cambiárselo, y se lo entregó. Lo tomó Carnegie y, rompiéndolo en pequeños trozos, indicó al labriego el camino de la puerta.

Luis Daypotto.

SARMIENTO

Cuando Sarmiento empezó a figurar en Chile, donde se le recordaba con verdadero cariño por sus varias y nobles iniciativas, entre los muchísimos que lo miraban con desprecio por su falta de correcto estilo, y más que todo, por su pobre apariencia física, estaba un señor Godoy, con quien sostuviera una larga polémica en la prensa.

Ese señor había dicho de Sarmiento que, si le daban vuelta los bolsillos y se los sacudían, no caería ni un centavo.

A esto contestó Sarmiento que, si al señor Godoy lo tomaban de los pies y lo sacudían con la cabeza para abajo, no le caería ni una sola idea.

A. Lacoste.

COSAS DEL CINEMATÓGRAFO

Hace ya algunos años, en el pueblo de Godoy, situado en la provincia de Santa Fe, estrenábase por vez primera una película cinematográfica.

El argumento, como casi todos los del entonces naciente cinematógrafo, representaba una carrera de automóviles.

El local se hallaba atestado de espectadores y componían la primer fila, frente a la pantalla, lo que podremos llamar lo mejor de la sociedad del pueblo.

El señor Ricardo Gallo, acaudalado hacendado, se encontraba con un amigo en primera fila exactamente en el centro del telón, y éste le refería los efectos del cinematógrafo, por haberlos presenciado en las grandes urbes, cosa que acicateó más la curiosidad del señor Gallo, que era la primera vez que asistía a una representación de esa índole.

Se apagaron las luces: instantes después, envueltos en una nube de polvo, aparecieron vertiginosamente dos automóviles.

La admiración se notaba por todas partes; entretanto los dos automóviles se acercaban con velocidad espantosa, y cuando éstos, por efecto de la cinta, parecían que iban a saltar como un aluvión dentro de la sala, se oyó al señor Gallo gritar angustiosamente mientras se hacía a un lado:

—¡Guarda amigo! Estos locos no miran lo que hacen.

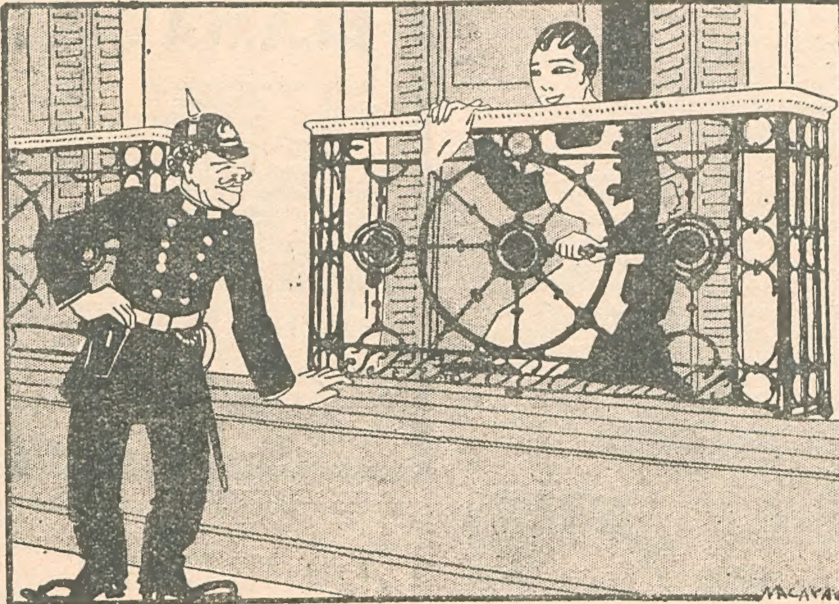
El efecto fué espantoso: todos se levantaron y ganaron la puerta en tropel, estropeando sillas y derribando mesas, y hasta el amigo del señor Gallo, que conocía el cinematógrafo, huyó tan acobardado como los demás.

Telésforo Salmoral.

Darwin, fué el primero que señaló el caso de una montaña de Chile llamada "El Bramador", que producía sonidos musicales. Cada año, durante un período de varias semanas, produce un sonido que se oye a grandes distancias y cuya causa no se ha podido determinar. El sonido se compone alternativamente de dos notas.

Una de las sillas más antiguas y valiosas que existen en el mundo, se halla en la catedral de Ravena, Italia. En su totalidad es de marfil. Todas sus partes ostentan tallados delicadísimos, hechos en bajo relieve. Data de los principios del período del Renacimiento.

TENTATIVA "FUSTRADA"



—Gracias, agente...
—De nada...
—No se hubiera molestado...
—¿Por qué? Porque l'he alcanzao
la cajita e la pomada
que se l'ha caído en el suelo?
Yo esperaba una ocasión
pa entablar conversación
y me l'ha brindao el cielo.
—¿Quería conversar conmigo?...
—Sí, y si antes no l'hablé
ha sido... no sé por qué.
Esperaba hacerme amigo
primero.
—Pues me lo hubiera
dado a entender.
—Condolido
de mí el destino ha querido
que alguna vez le dijera
que paso la noche entera
mientr'usté está descansando,
su dulce sueño velando
de plantón en la vedera.
—Pero, ¿por qué se molesta?...
—Porque me hago la ilusión
que junto a su corazón
me pone cuando se acuesta.
La vez que la ví los bronces
d'esta ventana limpiar,
comprendí lo qu'era amar.
Y, créame, desde entonces
no sé lo que tengo, prenda,
siento como un hormigueo,
una especie de almareo
y una batata tremenda.
Y eso es camote. ¡Clavao!
a la juerza lo he de crer,
porque, con otra mujer,
en mi vida me ha pasao.
—Caramba, cuánto lo siento!...
—¿Por qué lo siente, mi vida?...
—Porque estoy comprometida...
—Llegué tarde...
—Lo lamento.
Adiós, estoy apurada.
—Adiós, prenda... (M'he lucido.
Por esta vez me ha salido
la tentativa "fustrada".)

Juan A. CARUSO.

Ilust. de Macaya.

El beso

No te sabré decir lo mucho que obra en ellas, el dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman.

La Celestina.

No es mi intención hacer una larga historia, partiendo y estudiando el primer beso, hasta llegar a los muchos que hoy pueden darse en las distintas formas. No. Sólo preguntaré a ustedes: ¿el primer beso fué dado por amor o por odio? Pues sabrán, mis queridos lectores, que hay besos odiosos; tales como el dado por Judas a Cristo en el preciso momento de entregarlo a sus verdugos. ¿Puede haber un beso más salvaje que ese? ¡Nunca! ¡Jamás!

Los antiguos se besaban en señal de amistad, y esto no sólo fué en las naciones civilizadas de la antigua Europa, sino en todas partes, pues en América, cuando los caciques se hacían sus visitas de práctica, juntaban sus caras repetidas veces. Tampoco debemos olvidar el beso santo, el llamado de paz. Este era el que se daban todos los cristianos al tiempo de comulgar, y que más tarde fué suprimido por el Papa Inocencio III. Pero dejemos todo esto y ocupémonos de ahora, de nuestra época.

Hoy hay infinidad de besos, si fuéramos a catalogarlos sería necesario escribir un voluminoso libro; sólo nos ocuparemos de algunos de ellos.

¿Puede haber un beso más santo y sublime que el dado por una madre a su hijo recién nacido? Ese es un beso noble, de cariño y más que todo de corazón. En él pone todo de su parte, toda la grandeza de su alma.

Los besos de los padres para con los hijos son siempre nobles, no obstante tienen ellos distintas tonalidades; pues no será el mismo el que acostumbra a dar todas las mañanas al levantarse, que el que pueda darle en el momento de despedirse para una guerra. Este último es un beso lleno de dudas y promesas, que parece decir: ¡Hasta nunca! Veamos ahora cómo clasificaríamos el dado por un general a un soldado, frente a toda la tropa y en el campo de batalla. En Francia este beso hoy día es muy general, pues es de práctica hacerlo en el momento de otorgar una condecoración. El beso que se da es frío y seco, los labios apenas tocan la cara del soldado, pero para quien le recibe, es signo de valentía y bravura, es un beso envidiado por muchos miles de soldados que le observan, es un beso que parece decir: ¡Sois valiente!

El que se dan dos esposos es el de unión y mutuo cariño.

Pasemos ahora a estudiar el beso entre amigos. Los hombres no acostumbran a besarse, las señoras y niñas, por el contrario, hacen abuso de ello. Entre las amigas los hay de dos clases, los de verdadera amistad y los por compromiso. Los primeros, dados generalmente en la boca, son fuertes y sonoros, mientras los otros son secos, cortos y fríos, parece que las caras no se unieron cuando ya están separadas. El que dan las viejas son varios, juntitos, cortos y sonoros. Son besos graciosos para quien los escucha.

El beso caritativo es el que suele dar una señora en el momento de visitar un asilo. El es entre obligado y por compasión, es el beso dado en la frente y que al darlo le causa pena. Quien le recibe, casi siempre un niño, no los alcanza, pues no llega a comprender su significado.

Pasemos por alto todos los besos odiosos e infames, me refiero con esto a los besos robados, y pasemos a los besos de amor.

Dos novios se quieren, pues del cariño nace el amor, y es imprescindible para ser novios el amor. ¿Qué es el amor? Ello es difícil de definir, sólo el amor es comprendido por aquella persona que lo ha experimentado. El amor es sublime, y grandioso. Pero no nos apartemos de nuestro tema.

Un beso dado entre novios que se aman es la mayor de las delicias que pueden ellos aspirar. Sentir el calor de sus caras, juntar sus labios en un beso largo y profundo, lleno de promesas. Parece que en ese momento fueran ellos una misma persona, pues piensan al unísono teniendo unos mismos ideales.

Ese es el beso que perdura, que nunca se borra, pasen los años de los años. ¿Pero ese beso es bueno? ¿Si el novio no fuese un caballero? Entonces ese beso se convierte en criminal. Es también un beso que perdura para siempre, pero con gratos recuerdos como el primero. Es el beso más infame de todos.

J. J. CRUZ.

Una broma de Latorre

Curioso sería el libro que recopilase todas las extravagancias, las venganzas humillantes y sanguinarias, las crueles bromas con que han entretenido sus ocios los tiranos de todos los tiempos, desde el de Siracusa y Nerón, hasta Rosas, Veintimilla, Melgarejo, Latorre y Santos, en nuestra América.

Nos sugiere esta reflexión un caso de la especie, una broma del coronel Latorre en su época dictatorial, narrado por un criollo viejo, militar, capitán de los tiempos bravos, que cuenta así la escena:

"Al pobre comandante Sagrera lo llamó el dictador, como llamaba entonces a otros hombres buenos, para pasar el rato, no más. Como yo en aquel tiempo "andaba por el mundo" y tenía mis tratos con hombres del ejército, empezando por Santos, con quien tomaba mate todas las mañanas en el 5.º, naturalmente sabía de "pe a pa" cuanto sucedía en la casa grande, y supe, es claro, cuando don Lorenzo lo llamó al comandante Sagrera y el mismo Santos me contó todo a la mañana siguiente.

Fué un jueves a la noche, que estaba medio garuando y hacía muchísimo frío, cuando el dictador mandó a un ayudante a buscar a Sagrera, con orden de que se presentara sin pérdida de tiempo. El pobre hombre, que era ya bastante viejito, no se hizo de rogar, y marchó tal como se encontraba vestido para el despacho del gobernador, a quien encontró acompañado del famoso Susviela.

Latorre le salió al encuentro diciéndole:

Comandante Sagrera, he resuelto mandar un oficial ilustrado y de confianza a estudiar la guerra del Pacífico, y me he fijado en usted para el desempeño de esa comisión. Conque, amigo, no hay que perder tiempo; prepárese.

—Está bien, señor gobernador,—contestó Sagrera.—S. E. me dirá cuándo sale el vapor...

—¡Qué vapor!—le retrucó el loco.—Usted va a hacer el viaje a caballo, y ya le tengo un parejero preparado. Y de armas, ¿cómo está, comandante?—agregó Latorre.

Y como Sagrera le contestara que carecía de armas, pues no creía que a su edad tuviera que empuñarlas de nuevo, le dijo don Lorenzo:

—Bueno, comandante, yo le daré. A ver, Susviela, alcance las armas que este hombre necesita.

Susviela abrió un armario y sacó un sable corvo y un trabuco, que colocó sobre la mesa del despacho. El dictador tomó el trabuco, que ya estaba cargado con pólvora sola, y empezó a mover el gatillo apuntando, como distraído, para el lado donde se encontraba el comandante. De repente salió el tiro, con un estruendo espantoso, y, naturalmente, el comandante, que no esperaba eso, le cuerpeó feo al naranjero y con la consiguiente sorpresa casi se cae de espaldas.

Todavía no se había "despejao" el humo, cuando el dictador empezó a gritar como desesperado:

—Este hombre nos va a dejar mal en el Pacífico. No nos sirve para estudiar la guerra. ¡Retírese, comandante!..."

LUIS XII Y EL GENTILHOMBRE

Supo Luis XII que un gentilhombre de su casa había maltratado a un labrador y en castigo mandó que sólo le dieran carne y vino.

Quejóse el gentilhombre al rey, quien le preguntó:

—¿No te basta todo lo que te sirven en la mesa?

—No, señor—dijo el gentilhombre—me falta el pan, que es el alimento necesario.

—Pan—respondió el rey—no te puedo dar, porque te lo proporcionaba el labrador que tú maltrataste. Si tan necesario es ese alimento, deberías de ser más considerado con el que te lo pone en la mano.

LA MUERTE DEL CHASQUI

La picada se retuerce entre los troncos centenarios de urundays, timboes y quebrachos que en horas pretéritas el machete campero tronchó sus ramas, y negra y estrecha se pierde a media noche en la maraña, llevando al corazón de Montiel su extraordinaria configuración de sombras que una que otra luciérnaga de fatuo brillo engalana con su intermitente exhalación alguna vez. Así va cruzando el bosque, lúgubre y tétrica como una sierpe enlutada, precedida de espantosas leyendas que la imaginación tibia de conseja del norte volcara en todo su largo.

A los costados de la senda, el espeso ramaje se mueve lentamente, y el murmurio de sus hojas, el fugitivo desliz de alguna serpiente enorme y el chirrido del grillo mezclados con el vago gemir de los troncos seculares que se doblan bajo el peso de copas exuberantes, hacen extraña canción que aletarga el espíritu, arrulla el profundo sueño de la fauna y flota por la lóbrega hendidura en su tedioso conjunto acallando rumores inauditos que revelan los misterios de la selva a la muda soledad de la picada...



Algún claro en la boscosa cobertura descubre la vía láctea volcando en el firmamento un chorro de luz plateada, o sobre unas nubes deformes y siniestras se observa el río Jordán gravitando inmutable sobre toda la borrasca.

Fué en ese áspero camino, donde se desarrolló el suceso que va a relatarse:

Revoluciones sangrientas convulsionaban el litoral del país.

La necesidad de cierto jefe entrerriano de comunicarse con Ramírez, acampado en los montes del Payubre, hizo que sacara de sus filas a un hombre capaz de galopar ochenta horas seguidas y poner en manos de aquel general una carta reservada.

Los tiros de las patrullas enemigas apostadas a lo largo de caminos y costas fronterizas hacían, si no imposible, muy difícil las cruzadas, por lo que era necesario tomar rumbo y cortar campo, acertar un paso de río, o, en todo caso, vadearlo a nado en cualquier lugar desconocido u oculto.

Fué por eso que designó a un baquiano para que desempeñara el doble oficio de chasqui, quien, enterado de la misión que se le confiaba, emprendió de inmediato el viaje montando un buen caballo con liviano apero y llevando por todo equipo un poncho, su puñal y un par de "boleadoras".

Era la tercera y última noche de marcha. Hosco e impenetrable, caminaba por la picada obscura, cuando de pronto su caballo se para, levanta la cabeza y, erizado el pelo, resopla temblando. El viento tibio de la selva pronto hizo percibir al jinete, claro y distinto, el ladrido característico del perro cimarrón que, en terrible jauría, avanzaba husmeante persiguiéndolo sobre el rastro.

Un temor singular se apoderó un instante del experto gaucho. La idea de treparse a un árbol pasó por su mente, pero fué desechada de inmediato al pensar que en aquella soledad de pocos conocida, nadie vendría en su auxilio, y a la larga tendría fatalmente que caer vencido de hambre y de sed o ser devorado por esa clase de perros que rondan días enteros el lugar donde se refugia la presa. Pensó que su jefe le había encomendado una misión sagrada y secreta, y entre morir y no cumplirla y encarar de frente el peligro empeñando su vida, de cuyo lance podía quizá salir airoso para llenar su cometido, prefirió lo último.

No había tiempo que perder.

Fijó su pupila en el río Guayquiraró que, distante un kilómetro de aquel lugar, resbalaba crecido y turbio por un cauce empinado y barrancoso. Su corriente formidable, capaz de arrastrar islotes enteros, había de darle salvación segura si lograba abandonarse a ella dejándose llevar aguas abajo.

Diestro y ágil, toma la horizontal de la cruz al cuadril de su caballo, clava las espuelas nazarenas, afloja las bridas y, desde esa posición, fustiga a gritos al animal, que corre desenfrenado por el invisible hueco; y el aullido fiero de la jauría, confundido ya con el recio repiquetear de los cascos del bruto, despierta a ambos lados de la senda obscura, la fronda solitaria que huye hacia atrás en monstruosos batallones.

Cerca de la barranca lo alcanza la cuadrilla montaraz que lo persigue, y ya uno de los perros le ha saltado a la grupa. Con mano firme, el gaucho lo separa, y alienta con un grito más a su caballo. ¡Es un último esfuerzo que implora a la noble bestia, agotada de sudor y de cansancio!... El animal se estremece, tambalea y rueda por tierra en vertiginoso rollo. El gaucho sale parado, y la escena que se produce en Montiel en mitad de la noche es un cuadro épico, salvaje, destilando sangre.

La jauría montaraz, feroz y numerosa, en hambriento torbellino, desgarra a su víctima que, con el puñal desnudo, sostiene desesperada lucha mientras su cuerpo va cayendo a pedazos que devoran las fieras; y las lianas y zarzas trepadoras que tejen la maleza van cerrando el paso al luchador que, al fin, cae destrozado, revolcándose en un charco sangriento.

Pocos días después la mano del valiente, oprimiendo aún el puñal de la defensa, encontróse medio comida en una cueva; y cuentan los viejos del lugar que desde entonces, en las noches apacibles suele escucharse un tropel inusitado que se acerca. Entonces por las endijas del boscaje se divisa un flete desenfrenado que cruza en fugaz huída dejando un rastro de fuego... luego un alarido quejumbroso repercute largamente en la dilatada selva; y el aullido lejano de la perrada del pago se van perdiendo a poco en el ambiente saturado de supersticiones...

Eduardo FRANCHERI LOPEZ.

VARIAS DEMOSTRACIONES CELEBRADAS EN HONOR DE LOS HUESPEDES CHILENOS



Cabecera del banquete ofrecido por la Sociedad Rural Argentina en el local de la misma, de Palermo.



El intendente, doctor Llambías, y la comitiva chilena durante la ceremonia de la colocación de la placa a Pueyrredón.



Escolares argentinos que cantaron los himnos chileno y argentino, ante el monumento al brigadier general Juan Martín de Pueyrredón.



La delegación militar y naval chilena que, acompañada de colegas argentinos, presenciaron el concurso en el Tiro Federal Argentino.



Recepción a los periodistas chilenos en el Círculo de la Prensa.

Fots. Cabada y Louzán.



La ilustre dama chilena, señora Carmela Correa de Bulnes, esposa del embajador extraordinario, que compartió los entusiastas agasajos de la sociedad argentina.





El presidente de la República, con el embajador, don Gonzalo Bulnes, el [...] Figueroa Larrain y un grupo de concurrentes a la recepción en la [...]



D. Gonzalo Bulnes Pinto, embajador extraordinario de la nación chilena, con motivo del homenaje argentino a O'Higgins.



Llegada del presidente de la República y el embajador señor Bulnes a la plaza Rodríguez Peña.



Distinguidas damas que asistieron a [...] de la legación de Chile.



El ministro de la guerra Dr Moreno, pronunciando el discurso en el acto de la inauguración de la estatua a O'Higgins.



El público al pie del monumento, durante el acto de la inauguración.





El embajador chileno y personal de la embajada, con el ministro de relaciones [...] Pueyrredón y miembros de la comisión de recepción, a la llegada de aquella



Acto oficial de la entrega, a la dignísima dama, señora Correa de Bulnes, esposa del embajador, de una bandera destinada a la escuela militar de Chile. *Fots. Cabada.*



La manifestación organizada en honor de Chile, recorriendo la Avenida de Mayo



El doctor Arana, pronunciando su discurso en el momento de colocarse la placa en la calle O'Higgins

Fot. Louzán



El excmo. señor embajador de Chile, don Gonzalo Bulnes Pinto, y el presidente de la Nación, en la Sociedad Rural Argentina



El campeón Shorthorn, adquirido por el señor Jorge Santamarina, en 90.000 pesos

Fot. Cabada.

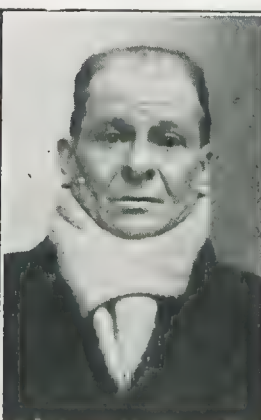
MONTEVIDEO



Josefina Larriera, pretendida hija del millonario fallecido don José M Pérez



Juana Ramírez, madre de Josefina Larriera, principal autora de la estafa



José Bruno Larriera, sindicado como uno de los principales autores de la estafa que se pretendió hacer víctima a la sucesión del millonario José M. Pérez



Niñas de la escuela de Sayago, que plantaron árboles en la Escuela de Agronomía

Fots. Adami.

CURIOSIDADES

La catedral del Sagrado Corazón, en Montmartre, París, tiene una de las mayores campanas de iglesia que existen en el mundo. La campana en cuestión, se halla enteramente cubierta de inscripciones y de relieves artísticos: su peso completo será de cerca de treinta toneladas.

El ópalo más grande del mundo, pesa 17 onzas y vale 300,000 pesos oro. Pertenece al emperador de Austria.

El crecimiento rápido de las uñas, es un indicio de buena salud en los individuos de todas las especies.

El carbón que hay en las minas actualmente, según cálculos de ingenieros competentes, se estima bastante para el consumo del mundo durante mil años.

Entre los libros antiguos y curiosos que hay en diversas bibliotecas llama la atención un ejemplar de la Biblia que posee la Universidad de Gotinga y que está escrito en hojas de palmera.

Las sociedades de temperancia en Inglaterra son en número de más de veintiocho mil y sus miembros alcanzan a la cifra de más de veintiún millones.

La capacidad de la casa de moneda de Filadelfia es la más grande de los Estados Unidos. Puede acuñar mensualmente sesenta millones de monedas de valor de un dólar.

En ochocientos mil francos compró hace algunos años el gobierno de Francia, un cuadro notable del pintor belga Rogier van de Weyden, que formaba parte de la colección célebre del duque de Westminster. Está colocado en el Louvre.

En la feria que cada año se celebra en Nijni-Novgorod en Rusia, para vender turquesas se emplea un procedimento muy original. El comprador paga cierta suma y mete la mano en un saco, siendo suyas todas las piedras que de una vez pueda recoger.

En un papiro del tercer año de Domiciano, aparecen las cuentas de dos soldados romanos: Próculus y Germanus, por cuatrimestres; la soldada del cuatrimestre era de 248 dineros. Los gastos: 10 dineros (2'3 de dinero por día). 12 para zapatos y cintas, que hacían veces de medias. Además, en el primero y tercer cuatrimestre recibían cierta cantidad para vestidos y caja de ahorros. De las gratificaciones al ejército, la mitad iba siempre a la caja de ahorros. Cada una de las diez cohortes tenía una caja y había un saco undécimo al que toda la legión contribuía y servía para gastos de enterramiento.

El más grande pilar de hierro conocido es uno que se ve en Delhi, en la India. Tiene sesenta pies de altura y un peso de diez y siete toneladas.

De una estadística reciente aparece que en la India inglesa tres mil personas más o menos fueron muertas por las fieras en el período de un año. La serpiente es la que más víctimas causó, pues se contaron cerca de mil personas muertas de mordeduras de ese reptil. El tigre causó, después de la serpiente, el mayor número; ascendió a trescientas veinte.

Un médico de Berlín ha conseguido producir el sueño en los animales por medio de cierta corriente eléctrica en la base del cerebro. Asegura que empleando un sistema más perfeccionado, puede producir la inconsciencia en las personas rápidamente y sin peligro.

Es notable la historia de un telegrama. El "Times", de Nueva York, se lo dirigió a sí mismo para experimentar lo que era dar la vuelta al mundo. El telegrama se componía de nueve palabras; transitó por dieciséis oficinas telegráficas; llegó a su destino quince minutos y medio después de su salida. La ruta fué por las líneas establecidas al Norte del Ecuador, pasando por San Francisco, Honolulu, Manila, Hong Kong, Singapore, Bombay, Suez, Gibraltar, Fayal de las Azores y desde este último punto a Nueva York.

La biblioteca real de Estocolmo posee un manuscrito conocido con el nombre de "biblia del diablo", llevando también el de "gigante de los libros", a causa de sus dimensiones extraordinarias. En efecto, mide dos metros de longitud por 1.50 de ancho y su peso es tan grande que se necesitan tres hombres para levantarlo. Tiene 309 páginas y le faltan 7, conteniendo cada una dos columnas. Se ha calculado que el pergamino de este manuscrito contiene las pieles de cuatrocientos sesenta asnos. La pasta es de cuatro centímetros y medio de espesor, con cerraduras de metal.

En Inglaterra pagan contribución los perros, desde el año de 1796.

Se conocen más de cincuenta especies de pescados que poseen órganos eléctricos, siendo el río Nilo el más rico en semejante clase de animales.

La guerra de Crimea produjo 750.000 víctimas; la de Italia, 45.000; la de Secesión, 332.000; la austro-prusiana, 45.000; la francoalemana, 215.000, y la turca, 250.000. Como se ve, esas guerras junto a la actual pueden considerarse de género chico.

Existe en Londres un club de sordomudos, mediando la circunstancia de que hasta los criados y cocineros son también sordomudos. Todos los servicios son de primer orden y diariamente se reunen los socios a conversar por medio de signos, o bien se pasan largas horas en la magnífica biblioteca, con que cuenta el establecimiento. El club ha sido acogido por los que sufren de la falta de dos de sus sentidos, con gran entusiasmo.



LAS TRAGEDIAS DEL BOSQUE



Cuando el recibidor de maderas llegó, ya los peones del obraje salían para su trabajo. Unos con el hacha al hombro, charlando, y los otros silenciosos, desfilaban ante su vista y la del capataz, el que hacíales las últimas recomendaciones sobre la faena a ejecutarse en el día.

El recibidor, sin decir una palabra, orondamente sentado en su caballo moro, presenciaba el desfile. Con el casco ladeado, su figura corpulenta, en aquella hora de la mañana, tenía más semejanza a la de un antiguo guerrero que con la de un pacífico recibidor de maderas de una compañía ferroviaria.

—¿Está ya listo?—preguntó éste al capataz una vez que los hombres se perdieron entre la tupida maraña.

El capataz no le respondió al momento, parecía distraído. Como nuevamente el recibidor repitiera la pregunta, ahora en forma más imperiosa, concretóse aquél a significarle que sí, haciendo un breve movimiento de cabeza.

—Bueno, vamos, entonces. ¿En dónde se encuentran las vigas?...

—Más allacito... en la playa—replicó el capataz, mientras señalaba con la mano en dirección al norte.

—¿El administrador está? ¿Don Julio se encuentra allí?—insinuó el hombre.

—¡Cómo no! Dende ayer lo espera. Estará impaciente. Como usted no vino, ¿sabe?...

—Pues andando, acompáñame.

El capataz obedeció. Fuese hasta un ñandubay en el que tenía atado su caballo. En tanto el recibidor marchaba siguiendo el camino indicado entre el bosque, al poco tiempo, en su misma dirección, iba el capataz siguiéndole los pasos, procurando, cual si le tuviera temor, no aproximársele demasiado.

Dos o tres veces el recibidor se dió vuelta para verle y, como notara que el capataz no trataba de apurarse ni de alcanzarlo, hacíale una seña como preguntándole si siempre debía seguir el mismo rumbo, a lo que el otro, malhumorado, asentía, en igual forma, desde la distancia.

Bajo un sol de fuego, en un gran claro abierto en pleno bosque, hallábanse depositadas las maderas. Allí se distinguían las enormes pilas de durmientes, las grandes piezas de maderas duras; los descomunales rollizos.

Los hombres, sudorosos, obedientes a las órdenes que les daba el recibidor, trasladaban las piezas de uno a otro lado y, después, a las carretas que debían marchar al desvío con las aceptadas.

Nada más ingrato que este trabajo; nada más duro que esta labor enervante, ejecutada en pleno bosque chaqueño, bajo la inclemencia de un sol que recalienta las espaldas y que pone ardores de fiebre en las secas gargantas.

El recibidor no se preocupaba de los hombres. Seguía jadeante su pesado oficio. Con el martillo que relucía y sacaba destellos al sol, seguía marcando los durmientes, uno por uno, mecánicamente...

Por un momento, cuando llegó el administrador del Quebrachal, nuestro hombre suspendió la operación. Dirigióse a su encuentro con el casco en la mano y se quedaron los dos hombres charlando de cosas al parecer insignificantes.

—Entonces, amigo—díjole don Julio—¿decidióse al fin a venir nuevamente y después de algunos años por estos parajes?...

—¡Qué remedio me quedaba!—respondióle el interrogado.—Se me presentaba la disyuntiva de aceptar o quedar fuera de la empresa. La empresa ha dado licencia al compañero y esto será por pocas semanas... No me gustan los obrajes del Chaco... Prefiero trabajar en otra parte, más cerca de las poblaciones. En mi oficina, descansadamente, pongo por caso, haciendo las planillas de cubicaciones.

—¿Sabe, camarada—agregó en esto don Julio cambiando de tema—que tengo una gran pesadumbre? El capataz Agenor ha desaparecido. Desde anteayer, precisamente el día en que llegó usted, no se le ha visto. ¡Tan buen hombre! ¡Tan trabajador! Lo siento porque me hace mucha falta.

—¡Bah! Capataces nunca faltan. A cualquier peón se le puede dar ese cargo.

—No crea—replicó don Julio.—Se necesitan muchas condiciones para lidiar con esta gente. Agenor, cumplía con su deber.

—Sin embargo, mi amigo. A pesar de lo que usted me dice, a mí, en verdad, no me agradaba el hombre, ¿qué quiere?... El día de mi llegada, no fué muy correcto conmigo.

—Le parecería a usted. Aquí le llamábamos "El Silencioso", porque siempre andaba callado, aunque esto, sin embargo, no le impedía el hacerse respetar. Puede que por ello usted lo tomara como un mal hombre y no es así, créame...

—En fin, si usted lo dice, don Julio... Yo lo tenía por un mal educado. Después de todo, entre esta gente, ¿qué se puede esperar...

Agenor, en efecto, abandonó el trabajo.

El recuerdo punzante de un hecho insólito que la ocurriera hace muchos años, vino a hacer revivir sus grandes odios.

¡Quién le había de decir que tenía, allí, en aquel pacífico recibidor, a su mayor enemigo!

Al verlo llegar aquella mañana, después de tanto tiempo, de encontrarse ausente de aquellos parajes, todo ese sentimiento acumulado en su corazón, desbordábase al fin.

¡Cómo recordaba la escena! ¡Cómo se hallaba patente en su imaginación!

Su mujer; su pobre china, encontrábase sola una tarde en su humilde rancho mientras él, en el monte, contento, soportaba las penurias inherentes a su rudo trabajo con la única preocupación de llegar pronto a su casa.

Y en aquella tarde memorable en que llegara más cansado que nunca, hallóla en el humilde rancho llorando con toda desesperación. Con frases entrecortadas, ella le fué narrando todo: toda su afrenta y la lucha salvaje que entablara con aquel hombre para defender su honor; ese hombre corpulento que la casualidad ponía ahora ante su vista; con ese sujeto que, aprovechándose de su poder, por satisfacer sus instintos de macho, poseyóla en contra de su voluntad.

En la dulce quietud del bosque nadie oyó sus gritos suplicantes; los árboles, centinelas mudos, la vieron salir desesperada, huyendo, mientras el otro la corría. Bajo el toldo que formaba el tupido ramaje cayó la infeliz china; sobre el lecho de hojas marchitas fué suya a la fuerza, violentamente...

Bastante tiempo vagó Agenor por el monte buscando al causante de su desgracia. No consiguió nada. Se había marchado ya para otros parajes.

La muerte, por lo demás, llevóse a su infeliz china. Murió ésta de pena. Los pobres también saben de honra.

Algo repuesto, pasado algún tiempo, el desgraciado Agenor volvió al trabajo. Acalló lo más que pudo su inmenso dolor pensando que algún día le sería dado satisfacer plenamente su venganza.

Y he aquí, pues, que cuando menos lo suponía, esa ocasión se le presentaba y, precisamente, a pocas leguas del lugar en que el suceso acaeciera, se le apareció el cínico, muy orondo, gozando de la vida, ocupado en recibir maderas en el mismo obraje en que él se hallaba trabajando de capataz.

Por eso, para mejor llevar a la práctica su venganza, fué que abandonó Agenor el trabajo y se dedicó, días y días, a merodear por el obraje, ocultándose de las gentes que pudieran verle. Mil planes sangrientos se atropellaban en su cabeza. Su corazón indómito no sabía perdonar.

Fué en una mañana clara, de ardiente sol, cuando se consumó el hecho.

Los peones se hallaban ocupados en la tala y sintieron unas detonaciones que partían de lo más espeso e intrincado del bosque. La escena fué rápida.

El recibidor de maderas venía en dirección a la playa. Agenor, oculto tras un grueso tronco, esperaba el momento oportuno. Cuando pasó a su lado, él, silencioso, dió un salto felino y, abrazándole, rodaron del caballo, juntamente, por tierra. El animal se encabritó y salió corriendo. Agenor, entonces, teniendo a su adversario en tierra, le hundió el cuchillo una y mil veces en el cuerpo; aquel hombre apenas pudo defenderse, por lo imprevisto de la acometida, disparando al azar su revólver.

Mientras los peones llegaron al lugar del crimen, Agenor conseguía huir sin ser visto. Una vez realizado éste, fué inmediatamente en procura de su caballo, subió en él y se internó en el monte, siguiendo una ruta sólo por él conocida. Llevaba en su corazón un alivio inmenso y en su cara curtida por el sol del Chaco los destellos de una alegría salvaje.

G. Bautista MARTIN.

Dib. de Martínez Jerez.

LA PÁGINA DE LOS LECTORES

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Dirijanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO — "La página de los lectores"—Maipú 393—Buenos Aires.

El hombre que constituye mi sueño

Es mi concepto un joven de 17 a 18 años, de ojos negros y soñadores. De mirar profundo. Que sepa amar mucho a la que ha de ser su compañera.
Lo prefiero estudiante o empleado.

Purpurino.

Mi ideal es un hombre que sepa comprender las luchas constantes del matrimonio, que sea buen esposo, fiel a su hogar, que tenga aspiraciones a la poesía.

Gordita de Liniers.

Mi ideal es ún morocho de 19 a 23 años, de estatura mediana; prefiero un trabajador, que sea muy cariñoso y constante.
Su posición no me preocupa. Sería la más feliz si fuera correspondida.

Lila.

El hombre que constituye mi sueño será: un joven de 25 a 28 años, no muy bajo, si es posible morocho, y que el sueldo no sea menor de $ 200 mensuales, que sea amante del hogar y cariñoso con la que será su compañera durante su existencia.

Rosa Thé.

Mi ideal soñado es: Un simpático jovencito de mirada dulce y expresiva, de modo que sus ojos se reflejen nítidamente la pureza y sencillez de su alma.
Que ame la tranquilidad, abominando el juego, dedicándose, en cambio, a la lectura.

Minerva.

Mi ideal es aquel que se manifieste hombre en todos los actos de su vida. Fuerte de cuerpo y espíritu. Amante del trabajo, que no sea rico, mayor de 28 años, que posea un buen caudal de inteligencia y energía. De maneras elegantes, pero no afeminadas, pues me revientan los mocitos modernos.

Antimodernista.

Para Américo J. M.:
Me gusta, Américo, su laconismo: yo tampoco tengo formado un ideal, el hombre que con un gran amor me brinde también un pasable bienestar.
¡Ese será mi ideal!

Vina.

Yo no me he creado un figurín de amor, el hombre muestra. Yo no he visto nunca en mi mente un hombre rubio o moreno: alto o bajo; con los ojos azules, o negros o pardos; yo no he pensado más que en el hombre simpático, agradable, bueno y leal, al cual yo ame sinceramente.

Ro~se.

Anhelo un "feo", exento de vicios y prejuicios; que haga de la "verdad", un culto; de la "justicia", un deber; agreguemos a esto una pequeña dosis de ilustración y tendremos el ideal de

Pochocha.

Lo esencial es que sea honrado y trabajador; lo deseo muy cariñoso para que constituya la dicha de la que ha de ser su eterna compañera.

Cariñosa Rosarina.

Mi ideal es un joven de 23 a 26 años, morocho, ojos negros y soñadores, sumamente cariñoso, que me trate con mucha dulzura, muy delicado y un poquito celoso.
Y para completar nuestra felicidad, que sea enemigo del juego y de la bebida.

Julia.

Un joven, que teniendo un carácter recto, sea, a la vez, de afectos nobles; morocho, alto, de ojos negros, que sea estudiante de medicina... que sea bastante celoso y que no pase de 22 años.

Rubia Belgranense.

De estatura regular (más bien alto), rubio o morocho, inteligente, instruído, educado y honrado, que deteste el juego y la bebida, que su edad sea mayor de 20 años, de constitución robusta lo mismo que yo.

Hada primaveral.

Mi ideal lo constituye un joven moreno, de profesión marino, que tenga un mundo de corazón, pero que en él sólo traiga cabida para la que ha de ser su fiel compañera...

2027 Solís.

El joven morocho de 26 a 28 años, alto, de ojos enigmáticos, cuyo mirar dulce y profundo me obsesiona y al que jamás podré olvidar, ya que él se ha posesionado por entero de mi corazón.

14-2-1917.

Mi ideal lo constituye un hombre alto, pelo negro, ojos azules, de 30 a 31 años, que sus miradas reflejen las bondades de su alma, un poco romántico y que tenga alma de artista.

V. Atenaís.

Alto, morocho, de ojos negros, vivarachos y expresivos, trabajador, que sepa amar a la que será su inseparable compañera y si no es mucho pedir que se parezca a William Desmond: "el simpático actor de Tringle".

Evelyn.

Un joven bajo, no muy grueso, morocho, de ojos y cabellos negros, que sea cariñoso y que me ame mucho como yo a él, para con nuestro cariño formar el nido de nuestra felicidad, que sea aficionado al arte y juegue al football.

Soñadora de Huracán.

¿Es usted divorcista?

No; no soy divorcista, porque yo entiendo que el matrimonio debe hacerse por cariño y no por interés, como muchos lo hacen, y si estos últimos cometen esa barbaridad, "que se embromen después".

Chila F. N.

La separación por el "divorcio" será moral y evitará siempre aquí y en todas partes peores consecuencias.

Esther M. R.

El divorcio es necesario y por justa razón: ¿por qué deben permanecer juntos dos seres, que ya no se aman mutuamente; por qué estar unidos si ya no existe amor; por qué hacer del matrimonio una cadena de dolor? Cuando tan sólo el divorcio puede hacerlos felices separándolos libremente.

Caperucita roja.

A M. M.
Aplaudo sinceramente su opinión: la mujer que es partidaria del divorcio no puede ser nunca buena esposa, pues al casarse va con la idea de separarse en seguida. Además, como yo no concibo el matrimonio sino por amor, y como éste debe durar toda la vida, está de más el divorcio.
¿A qué tratar de separar dos seres que se quieren?

Morocha Mendocina.

A Señorita Zalea Minerva:
Para opinar bien, es necesario pensar para el bien general y no personal.
Me permitirá le diga que usted pertenece a la excepción y el 99 por ciento a la regla.
Si en lugar de un esposo amante y cariñoso, le tocara en suerte un ebrio consuetudinario, jugador, etc., que le diera malos tratos y le exigiera que trabajara para mantenerle los vicios, ¿no dejaría usted de ser la excepción?
Mucho me temo que no... en el primer año; en el segundo, quizás; pero, al tercero, clamaría por la ley de divorcio.

R. Bazzigalupi.

A Zalea Minerva:
El matrimonio es uno de los pasos más grandes que se dan en la vida; aquel ser inferior que por interés o negligencia lo diera mal, que sufra calladamente las consecuencias. Con el sufrimiento y resignación se depuran y elevan las almas.
Nada de divorcio.

Platense.

Concuerdo con el astro luminoso "Kant", que la alianza de dos seres de diferente sexo que por estimación y cariño recíproco se pertenezcan, forman el sexo completo. Mas, ¡cómo solicitar del bello sexo fidelidad, cuando éste es tan susceptible ante las artimañas de los hombres?

J. Carlos C.

Para los habitantes de las ciudades, creo favorecería mucho el divorcio, porque en ellas ¡tiene tantos enemigos el amor y la paz conyugales!
Para nosotros campesinos, una ley sobre la materia sería un acontecimiento de poca monta.

Floranbel.

No hay necesidad de esa ley para la libertad de dos seres, ni de dos almas. Si no se amaban, ¿por qué se unieron? El amor es y será inmortalmente libre, así como eterno. Que sufran los indignos que sin miramientos para el amor y ateniéndose a bajos ideales o intereses, se unen miserablemente.

Na-la-va.

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

Mi mujer ideal es una joven de 27 a 30 años, rubia, elegante, que sepa captarse las simpatías del que ha de ser su compañero inseparable con el cual ha de salvar y atravesar las sendas más sinuosas de la vida.

Ge. Ge.

Una viuda romántica, sin hijos y con mucha plata. Prefiero las que gusten de los pasajes poéticos.

Franco Cantaladra.

Mi mujer ideal es aquella que tiene formado un concepto real de la vida, libre de prejuicios políticos, religiosos y sociales. Aquella que mira las cosas en el cristal de la verdad.

Juanares.

Una maestrita que no me riña por insignificancias, por ejemplo, cuando no llego a la "hora", cuando no aprendo bien la "lección" y que cuando me dé una "penitencia"... consulte primero su corazón. ¡A que la encuentro!

J. M. F.

Debe ser argentina, sin ser linda, simpática, que aborrezca la poesía y el divorcio, que sea varonil, industriosa y caritativa, que sepa lo que es amor y que sea madrugadora.

Ojos negros.

Mi ideal lo constituye una joven de 20 a 25 años, soltera o viuda, blanca o morocha, ni bonita pero no muy fea, con algún defecto físico como yo u otro parecido, con 3.000 pesos de capital para negociarlo en el arte o profesión que tengo, y amarnos eternamente.

Dispuesto a casarme.

¡Mi ideal! no me lo forjo, como hacen los visionarios ilusos de esta sección. ¡No! tuve la felicidad de hallarlo a mi paso en el pueblecito de "La Paternal".
Es una morena de cabellera blonda, ojos obscuros y expresivos, estatura elegante... En fin, con la belleza y el ebúrneo talle de Venus...

Cariñoso.

Mi ideal lo constituye aquella mujer que habiendo recibido una buena educación sabe hacer uso de ella.
Desgraciadamente, en mi condición de obrero me está vedado llegar hasta ella, pues no parece sino que el ser obrero estuviese anatematizado con el estigma del desprecio de las clases donde podría encontrar mi ideal.

Filósofo.

Constituye mi adeal una simpática personita de físico encantador, sin palideces ni ojeras de princesas soñadoras, rubia, fresca y lozana, y dotada de un temperamento sensible y cariñoso, capaz de querer con toda la vehemencia de sus diez y siete primaveras a un apasionado estudiante.

Estrella.

Mi sueño de amor es una joven de ojos negros como la noche, grandes y soñadores para que pueda en ellos mirarme, que sea elegante y sencilla y que la educación constituya la mayor parte de su belleza, que sepa querer con un amor casto y puro, y que de dos grandes cariños podamos sacar el hilo de oro de nuestra futura felicidad.

Leunam.

Confidencias

A Pensativa:
Para un hombre que piensa, que sabe amar, dista mucho de ser la belleza un "don". Es sencillamente la vanidad de un hombre mediocre, de un ser que aún ignora que la belleza es fugaz.

Raúl.

A Pensativa:
Yo siempre he soñado con una joven educada y muy instruída. Pero nunca con una mujer bella, porque la belleza física dura tan poco... Pero la nobleza del alma no se borra jamás.

Mis 20 años.

A Gotiasan L. S.:
Imposible verte y no hablarte. Siento la nostalgia del parque. Olvida y perdona a

Sarupipa tetris.

A Esperanzas:
Aunque los defectos físicos no influyen en una verdadera felicidad, yo, por mi parte, ante su físico... disparo.

Botafogo.

Para Fino:
¡Dices que detestas a la mujer que por medio de esta revista hace público el cómo debe ser su pretendiente? Compañero, serás todo lo "fino" que quieras, pero en cuanto a la facultad de comprensión la tienes muy poco desarrollada. Una cosa es hacer público cómo se "quiere" esto o aquello, y otra, el expresar, cómo se "quisiera que fuese" lo de acá o de allá, que es lo que hacen las señoritas que colaboran en esta página.
En cuanto a los "castillos en el aire", habrás de saber que el doctor Ingenieros coloca a los que no se los forjan en la categoría de los hombres mediocres.

Werther.

A Tifos:
Mi cariño por ti es inmenso... mi porvenir inseguro .. ¡Comprendes ahora el por qué no te he participado mis sentimientos!...

Luis.

A Coquito:
Eres poeta; por eso
te puso ante mí la suerte,
y aunque no tengas un peso
ambiciono conocerte.
Mi Coquito, nunca ruego,
impongo una condición:
dime cómo eres y luego
es tuyo mi corazón.

Lolita C. C.

Para R. G. R.:
Tienes razón. ¿Qué es la riqueza comparada con el amor de un hombre honrado y la dulzura del hogar?
Una mujer honrada, buena, afable y simpática, es un tesoro; ojalá todas las niñas comprendieran que la belleza estriba en la belleza del alma.

Sipcóloga.

Contestando a L. R.:
Considerando que la actitud asumida por mí fué bien ingrata y digna de tus reproches, debo manifestarte que si yo procedí en esa forma fué impulsado por la maldad de una amiga tuya, y lo que más me desespera es que te recuerdo siempre con supremo cariño.

Stud Ingeniero.

Lugar, Avellaneda. Escenario. Una capilla ardiente... Y desde aquella noche inolvidable en que el fin de una existencia dió principio a un nuevo amor, vive constantemente en mi recuerdo la enloquecedora imagen de una niña, que en la candorosa inocencia de sus quince años, quizás no piense que con una sola e imprecisa mirada de sus ojos, hizo esclavo a un corazón.

Lavalle.

A "Una futura artista":
Tu consejo parecería bello a las almas... cartaginesas.
¡Cuán bajo concepto tiene del arte!... Cuando de él se hace un trabajo para ganarse la vida, no se hace arte, se hace comercio.

Némesis.

A Porteña en el Uruguay:
La compadezco si de esas cartas depende su felicidad. Publique en esta revista sus iniciales y tal vez que ese amigo se las devuelva sin aceptarle los diez años lo vida que usted le ofrece.
Recuerdo el 25 de agosto de 1912; por esa fecha siento al recordarla un remordimiento y me apena.

Mi amor no muere.

Una duda cruel atormenta mi alma. ¿Puede darse crédito a los juramentos de amor de los hombres?

Leonor la incrédula.

Para Fernando B.:
Sabes que te amo con amor tan santo como no te querrá nadie en la vida. Sin embargo, te burlas de mi cariño y en el altar sagrado de mi corazón se va extinguiendo poco a poco la llama ardiente de amor que encendieras al conocernos.

Alicia Darvil Mimota.

A Muriel:
Si entre los admiradores que te rodean, que se desvelarán por agradarte, no lo consiguen, pocas esperanzas de que contestes pueden quedarle a

Federico.

PÁNICO EN ALEMANIA



La galantería de los caballeros alemanes durante un raid aéreo de los aliados sobre una ciudad del imperio.

Para medir a los hombres

Tú debes medir a los hombres, antes que por el dinero, por la salud, el corazón y la inteligencia, que son las verdaderas y seguras medidas del valor humano. Y al tomar esas medidas, ten cuidado de la primera impresión, que es a menudo errónea, y casi siempre superficial.

Hablo por experiencia; entusiasta y suspicaz como soy, me conmueve rápida y vigorosamente la simpatía y la antipatía; por lo cual, cuando veo por primera vez a una persona, me siento súbitamente atraído o repelido por ella. Y me equivoco muy a menudo, casi siempre. Más bien dicho, me equivocaba; porque las duras lecciones que la experiencia me ha dado, me han hecho más reflexivo y más prudente en mis juicios. Cuando una persona, antes de conocerla, parecíame simpática, yo encontraba en ella todo bueno y todo bello. Al medir su valor, exageraba la belleza, la bondad y la inteligencia; por lo cual me entregaba a ella en cuerpo y alma, ofreciéndole, sin vacilaciones, mi amistad. Muchas veces, sin embargo, la experiencia me demostraba que había mirado a esa persona a través de los lentes de la simpatía, que agrandan las cosas buenas, y tenía con vergüenza, o al menos con gran embarazo, que retirarle mi amistad, refrenar mi entusiasmo, en una palabra, tocar retirada.

Otras veces, en cambio, la persona me parecía a primera vista antipática, y a través del vidrio verde de la antipatía, veía en ella todo malo, todo grosero, sin poder disimular u ocultar mi repugnancia. Y, sin embargo, muchas veces el hombre, bajo una mala corteza, ocultaba una excelente pasta, y yo perdía un amigo o tocaba la dificultad de acercarme a él para pedirle su amistad, después de haberle demostrado mi antipatía.

Antes de juzgar a un hombre, piensa bien, piensa mucho, y, entretanto, conserva tus relaciones con él sobre la base de una cortés indiferencia. Hay necesidad de verlo y de estudiarlo cuando esté alegre y contento, y sobre todo cuando esté triste, cuando va con viento en popa y cuando sopla sobre su barquilla un viento adverso. Y después, cuando se empiezan a leer algunas sílabas, algunas frases, en ese libro de mil páginas que se llama un carácter, hay necesidad de confrontarlo con otros hombres conocidos ya enteramente, tomándolos como punto de comparación, como tipo de medida. Y no solamente debemos compararlos con los hombres vivos, sino también con los muertos, con los más grandes, con aquellos que han dejado escritos sus nombres en las páginas de la historia. Hay una necesidad de compararlos con los tipos ideales que cada uno de nosotros ha concebido en su imaginación. El hombre perfecto no existe en la Naturaleza; pero existe en nuestro cerebro, y estudiando un hombre verdadero, un hombre vivo, debemos medir y calcular en cuánto se aproxima, o se aleja, de ese tipo perfecto que ideamos en nuestra mente.

Pablo MANTEGAZZA.

Clamores de los niños argentinos. Piden escuelas y salud

Un bello gesto.—Cierre de una escuela agrícola.—Un gobierno provincial que se desprende de 50 escuelas.

Parece que la obra encauzada de la instrucción primaria, la defensa de la salud del niño, en nuestro interior sufriese un compás de espera; no ha de ser por falta de dinero, no es por falta de la continuación de nuestra obra emprendida con toda sus fuerzas desde el año 1880, que como en todas las ramas de la administración nacional están invertidas intervenciones, reorganizaciones, selección de entidades, etc., etc., y tal vez esta sea la causa que, hace dos años, retiene la corriente de la instrucción pública. Vienen clamores de Lobería (F. C. S.), Ingeniero Luiggi, Tránsito (Villa Cura Brachero), provincia de Córdoba, de Avellaneda, de Catamarca, de Mendoza, etc, etc., y también vienen súplicas en defensa de la salud del niño de algunas de esas regiones, particularmente de Catamarca, que una epidemia local ha hecho estragos en 150 niños, casos fatales. No hay que extrañar en lo referente a la salud de los niños en ciertas provincias, dado que el departamento nacional de higiene está en acefalía desde la renuncia del doctor Araoz Alfaro, el apóstol de la infancia. Ahí tenemos latente ahora la epidemia en Cerrillos, y otros pueblos de Salta.

¿Qué ha hecho el departamento nacional de higiene en estos dos últimos años? Nada. Si no está bien confirmado por el doctor Kraus en su viaje a Salta.

En medio de esta situación de los niños que claman escuelas y salud, ha habido un gesto simpático allá en el Chaco, pueblo La Colonia. El señor Luis J. Bortherick ha donado una escuela, con muebles, bancos y útiles para 72 niños, y que el C. N. de Educación, como es natural, aceptó y agradeció el bello gesto del donante.

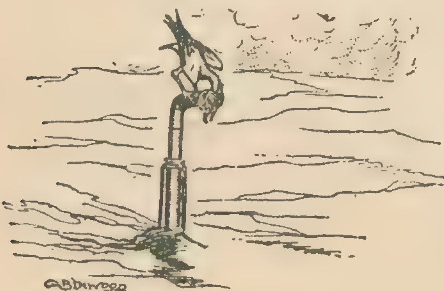
En cambio, en Bahía Blanca, hace poco tiempo, se clausuró la Escuela Agrícola que dependía del ministerio de agricultura: ¡decir que se ha cerrado una escuela mecánica agrícola en la región del trigo y la arena más importante del país! ¡Y decir que todos los enseres de dicha escuela fueron enviados a Olavarría y Bell-Ville! Y después dicen: ¡a inaugurar escuelas agrícolas, industriales y de artes y oficios! ¿Es que hemos entrado en la época de la "demolición", para que todo sea de nuevo cuño?

Y no hay que terminar estas notas tristes sin manifestar que en la escuela de Tránsito (Villa Cura Brachero), aquellos niños argentinos, como no tienen suficientes bancos, se ven obligados a sentarse sobre "cajones de kerosene". ¡En el país de la madera, no hay bancos suficientes en las escuelas primarias! ¡Donde tenemos la "tipa", el álamo, el quebracho, etc.. etc.!

Raymundo ECHEVARRIA.

N. B.—El gobierno de Mendoza que dice que aquella provincia es el Eden Argentino, por su riqueza en producción y fertilidad, entrega 50 escuelas al Consejo Nacional de Educación, cuando el no pudo atender a las 200 creadas, y otras que llevan vida anémica en varias regiones.

EN EL SUBMARINO



La causa de la alarma.

Papel Impreso

Desflorando el silencio.—Poesías. por Limb de Zina.—Volumen de 212 páginas, editado por la imprenta F. Crespillo, capital federal.

Entre frondas...!—Poesías, por León Vafará.

Física. — Folleto de la Escuela Moderna. Serie elemental de Instrucción Primaria.—Editado por la casa Cabaut y Cía.

Revista de Revistas.—Número correspondiente al mes de agosto.

Otras publicaciones.—Revista Telegráfica, número correspondiente a Septiembre; Tierras y ganados, núm. 39; La Cruz Verde, núm. 1; Revista Naturista de Altos Estudios, núm. 4; El Obrajero, núm. 23; Arlequín, número 5; Boletín de la Protectora de Niños, Pájaros y Plantas, núm. 24; Reseña de Clínica, Terapéutica y Ciencias Afines, número 35. El Atalaya Bautista, de El Paso: Ariel, de Santiago del Estero; Fígaro, de Asunción; Cinema Star, de Rosario; Boletín de la C. Nacional de Fomento Rural, de Montevideo; Revista Mensual del Club de Gimnasia y Esgrima, de Rosario; El Mentor, Junín; El Radical, Catamarca; El Trabajo, de Mar del Plata.

Ideas.—Revista, órgano del Ateneo de Estudiantes Universitarios, núm. 17.

Tierras y ganados.—Buenos Aires.

Reseña de clínica terapéutica y ciencias afines.—Buenos Aires.

Boletín oficial de la Cámara del comercio de frutas y anexos.—Buenos Aires.

Almafuerte.—La Plata.

Arte y Vida.—San Francisco (Córdoba).

Salud y cultura.—Buenos Aires.

Boletín de Agricultura.—Córdoba.

El cuento ilustrado.—Buenos Aires.

Atenas.—Santa Fe.

La Unión Doméstica.—Buenos Aires.

Hispano-América.—San Francisco de California.

The South American.—Nueva York.

Sobre el arte de curar.—Consejo de Higiene del Rosario de Santa Fe.

S. K. F.—Buenos Aires.

Boletín Oficial de la Oficina expositiva informativa y de recaudación de la provincia de Córdoba.—Buenos Aires.

Memoria de la Sociedad Aregntina de Socorso Mutuos de Las Flores.

El Mundo.—Madrid.

Amor, Vida y Arte.—Buenos Aires.

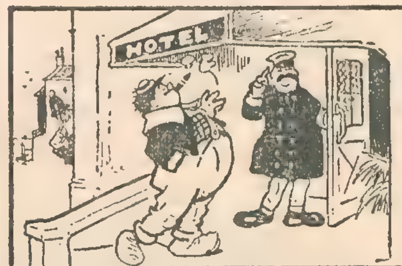
EL QUE MAL ANDA MAL ACABA



Mientras dos botones se bañaban en el río, Cabritilla y Mantecoso se apoderaron de uno de los uniformes con el fin que se verá.



Disfrazóse Cabritilla de vigilante, y cualquiera al verlo, hubiese jurado que en toda su vida no había hecho otra cosa.



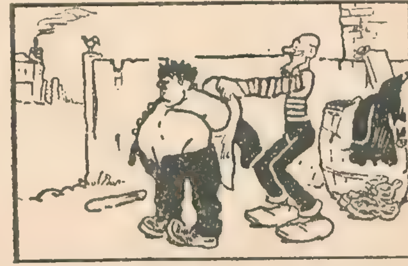
Mantecoso, mientras tanto, se dirigió a un restaurant de lujo, dándose ínfulas de gran señor.



Comió por cuatro, y cuando le presentaron la cuenta, intervino Cabritilla, que acercándose a su compinche, le dió la voz de preso.



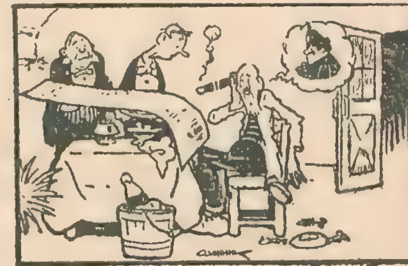
"Es un famoso estafador", explicó en el momento de llevárselo, dejando al dueño del restaurant con la cuenta impaga y con una cara más larga que la cuaresma.



Entusiasmados con el éxito de su combinación, invirtieron los papeles, introduciendo Mantecoso su repleta humanidad en el uniforme del chafe.



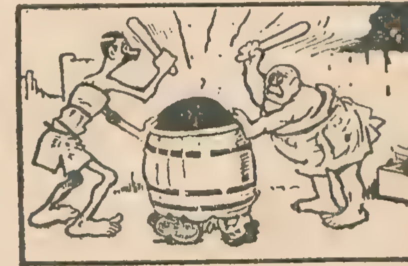
A Cabritilla le tocó el turno de satisfacer el hambre que sentía, y saboreando anticipadamente el suculento almuerzo, se dirigió al restaurant.



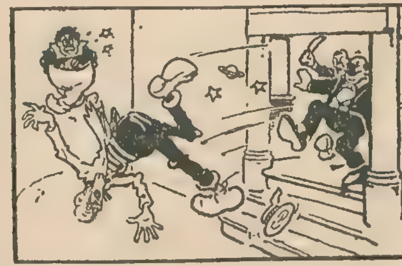
Cuando le presentaron la cuenta, Cabritilla, viendo que su compinche no se presentaba a sacarlo del atolladero en la misma forma que lo había hecho él, empezó a sudar tinta.



Lo que había sucedido era muy sencillo: Mantecoso, aletargado como una boa, se había dormido.



Quiso su mala suerte que fuese descubierto por los vigilantes, que al verlo vestido con el uniforme, le propinaron una paliza.



Volviendo a Cabritilla, a quien abandonamos pasando las de Caín, su aventura tuvo un epílogo igual al de su compañero: a patadas le echaron del restaurant, sin hacer caso a sus explicaciones.



Mantecoso, que había llegado a tiempo para presenciar la suerte de su amigo, no esperó a que éste le pidiera explicaciones. E hizo bien, porque las intenciones de Cabritilla... ya se ven en el grabado.

EL ATRASO SOCIAL DEL PAÍS

Desde la más remota antigüedad los pueblos han tratado de aprovechar de la experiencia extraña, incorporando a las propias instituciones la parte útil que ella les pueda ofrecer. En nuestros días la facilidad creciente de las comunicaciones, unida al mecanismo de la producción y del crédito, esencialmente internacional, a pesar de las barreras proteccionistas, ha creado entre las naciones una interdependencia estrechísima, como jamás la ha habido. Algunos escritores han dicho que la masacre mundial es, en el fondo, una guerra civil. Se trata de una guerra civil, en efecto, en cuanto ella viene a romper momentáneamente un plexo de ideas y de intereses comunes a todos los contendientes, y en cuanto la conflagración, una vez rasgado el velo de etérea idealidad con el cual los gobernantes pretenden disimular su responsabilidad en la misma, extraviando el juicio público, no es más que una disensión intestina del capitalismo, una guerra entre dos grandes grupos de mercaderes para aplastarse recíprocamente, quitarse los clientes y establecer en el mundo su hegemonía. Corresponderá a la clase trabajadora transformarla, a su término, en una guerra de emancipación económica y moral, cercenando de raíz los privilegios del capitalismo y estableciendo la Confederación Mundial de los Pueblos, sin fronteras y sin aduanas. Para ello será necesario salvar, cuanto antes, el desnivel de cultura y de civilización existente entre las distintas naciones, borrar los particularismos regionales y aprovechar la experiencia de los pueblos más adelantados, pues una cultura es tanto más valiosa cuanto más ricos, variados y complejos son los elementos que la integran.

En la elaboración de la cultura universal sólo pesan los pueblos que ofrecen alguna idea, alguna institución o alguna obra, digna de ser adoptada y perfeccionada por los demás pueblos.

La Argentina, medida con ese cartabón, pesa muy poco en la sociedad de las naciones. Se sabe que produce mucho trigo—"sois el granero del mundo", dijo irónicamente Anatole France,—y que tiene muchas vacas y ovejas. Pero ello no demuestra ningún talento gubernativo ni de otro orden. Las espigas áureas de los trigales, en un suelo fértil como el argentino, crecen exuberantes por poco que sea el esfuerzo humano puesto en su contribución. En cuanto a las vacas y ovejas, se crían y reproducen—afortunadamente—sin necesidad del auxilio del gobierno. Conste, pues, que ni el trigo ni las vacas y ovejas, lo único que se tiene en cuenta en Europa de la Argentina, nada le deben a los gobernantes; antes, más bien, podrían incriminarles la total ausencia de una política agraria esclarecida, que ha evitado su multiplicación en ese enorme desierto que es el país.

En cambio, los gobernantes deben al trigo, a las vacas y a las ovejas, todo lo que son y lo que tienen: poder, fortuna, prestigios y ascendiente político. Algunos de ellos, reconocidos, dieron a sus colores políticos la denominación de sus inteligentes favorecedores. Y se llamaron Partido Vacuno. Expresa o tácitamente el Partido Vacuno ha gobernado la república. Y gracias a su inmensa obra el país es a los ojos severos del mundo culto una gran estancia. Radicando el talento político en el número de vacas que se posee o representa, claro está que las supremas virtudes políticas consisten en dejar que las vacas cumplan tranquilamente con su misión, y en no hacer nada, absolutamente nada, como el Pacheco de Eça de Queiroz, en el ejercicio del poder. El peor enemigo del país—se viene diciendo desde hace cincuenta años—es el desierto. Pero el desierto no tiene la culpa que no lo transforme en vergel la actividad humana. El desierto se perpetúa porque tiene defensores interesados: los gobernantes, en primer término. Los gobernantes han sido los campeones del desierto. Luego, los peores enemigos del progreso de la república, magüer se les erija artísticos monumentos.

La prosperidad de un pueblo es absolutamente incompatible con la miseria de sus habitantes. La primera y fundamental tarea de una nación consiste en eliminar la miseria. Sin ello no puede pensarse seriamente en adelantos intelectuales y en el perfeccionamiento moral de la colectividad. La Argentina, a este respecto, marcha en el grupo de la retaguardia de los pueblos. En las comparaciones a que la someten la mayoría de sus publicistas y políticos con los Estados Unidos, siempre lleva la peor parte. En nuestro entender, un parangón con Australia y Nueva Zelandia, países, como la Argentina, en formación, con poca densidad de población, teniendo las mismas producciones y atravesando la misma faz agropecuaria, sería más exacto y nos suministraría un ejemplo más directamente aprovechable, señalando la profundidad de nuestro atraso. Socialmente la Argentina debiera hallarse, por lo menos, a la altura de aquellos dos países. Sin embargo, como lo veremos en artículos próximos, se encuentra en sus antípodas.

Alberto PALCOS.

El deber de los abastecedores

Más de una vez hemos sostenido que al derecho de comerciar en artículos de abastecimiento debe ir unida la obligación... ¡de abastecer! El gobierno del Brasil ha impuesto en cierto modo esta obligación a los representantes de la industria azucarera, dándoles a elegir entre mantener el "stock" necesario o exponerse a que les requise la mercadería.

Bromas macabras

No hace muchos días, los cotidianos daban la noticia de haberse hallado un brazo humano, suponiendo muchos de ellos que se trataba de un crimen alevoso. Cundió la alarma, y la policía, después de realizar las diligencias del caso, pudo comprobar que el brazo en cuestión pertenecía a una persona que había fallecido en el Hospital de Clínicas, y que la conjetura del crimen se reducía a las modestas proporciones de una broma estudiantil.

No es la primera vez que los estudiantes de medicina proporcionan semejantes chascos a la policía, la prensa y al público. Nosotros, que en los buenos tiempos en que frecuentábamos las aulas universitarias también hemos cometido más de una travesura, comprendemos el espíritu juguetón que es característico en los estudiantes de todos los países y de todas las épocas, pero, con todo, cabe pedir a los futuros galenos un poco más de respeto hacia cosas que debieran ser sagradas. Con semejantes bromas no hacen más que perjudicar sus propias reputaciones y la de todos los que se dedican al alivio del dolor humano.

IDILIO

Se conocieron una mañana de estío, en una fiesta campestre entre los amplios sauzales del Tigre.

Edgardo, alto y delgado, de suave fisonomía, los ojos profundamente negros resaltaban en la palidez mate de su rostro de líneas perfectas y de expresión varonil.

Raquel, imprecisa y delicada, su estatura era más bien mediana, más de mujer; sus cabellos de un oro muerto tenían claridades de milagro entre la gracia de las ondas.

El se destacaba del grupo de jóvenes alegres por la elegancia de sus maneras y por la sobriedad de sus actos. Sin ser huraño, lo hacía todo con una acostumbrada medida, mezcla de sencillez y aristocracia.

Ella, suspicaz y coqueta, era entre las amigas algo así como una niña traviesa que requería el cuidado de todas para tener el placer de burlarlas.

La mutua atracción enigmática se había producido durante la presentación, pocos momentos antes de embarcarse, y fué un solo apretón de manos que sin saber por qué se prolongó más de lo común, y una inclinación de cabezas, sin una sola palabra. Y desde entonces, durante el viaje, más de una vez los ojos glaucos de Raquel se encontraron sin querer con los profundos de Edgardo, que la miraba serenamente con los párpados casi entornados hasta la mitad de las pupilas.

Llegaron a la isla, cuyas orillas llenas de sauces parecían soñar frente a la quietud de las aguas.

Toda la comitiva, entusiasta y jovial, con sus pequeños equipajes de mano, empezó a correr y saltar sobre las hierbas fragantes de aurora, separándose luego en pequeños grupos de jóvenes y mozas en busca del sitio apropiado para hacer el lugar de la fiesta.

—¡Aquí! ¡Aquí!—gritaron alegremente algunas niñas, mientras agitaban los brazos llamando a los demás hacia el sitio elegido.

¡Y, a correr! Se lanzaron como niños, saltando troncos caídos y pequeñas acequias. Raquel habíase apartado del grupo, en persecución de una mariposa de colores extraños, cuando un incidente vulgar vino a ponerla en contacto con Edgardo, que, desde la presentación no había aún dirigido la palabra a Raquel; en su carrera por entre los árboles y las matas de hierbas, habíase enganchado el vestido en una rama de ceibo llena de pequeñas espinas, y, por temor a éstas, no atinaba a desenvolverse. Edgardo oyóla llamar, y fuese hacia ella solícito y respetuoso, aunque el corazón le latía con fuerza como miedoso de un peligro cercano...

—¿Si usted me lo permite...?—preguntó con voz insegura.

—Con mucho gusto, joven—contestó Raquel un tanto azorada.

—No es nada, no tema...—agregó Edgardo por decir algo.—Otro más osado que yo, diría que el ceibo hubiera querido retenerla de esta manera para admirarla un instante más, puesto que usted pasaba tan deprisa...

—¡Galanterías!

—Absolutamente. Si yo fuera el árbol, hubiera lamentado la pequeñez de mis espinas, y quizás me enfadaría ante un inoportuno salvador.

Raquel no contestó nada, pero sus manos de nieve jugaban con una flor arrancada del árbol, roja y pequeña como un corazoncito diminuto.

Cuando el vestido quedó libre de las trabas, Raquel, mirando a Edgardo, murmuró levemente: — Gracias... — y echó de nuevo a correr como una gacela miedosa.

A la hora del almuerzo volvieron a verse reunidos todos los paseantes; y como Raquel contara a sus amigas el accidente del ceibo, no faltaron algunas bromas dirigidas a Edgardo, que, en grupo de jóvenes parecía más preocupado que de costumbre.

Por la tarde se organizaron paseos a caballo; sólo Edgardo se negó a hacerlos alegando que desconocía ese sport, pero en cambio tomaría un bote para remar un rato por los canales silenciosos.

Por segunda vez un misterioso destino vino a juntarlos a la hora en que el sol parece como clavado sobre la tierra.

Edgardo remaba despaciosamente por uno de los riachos, bordeando la orilla en procura de sombra, cuando creyó percibir un tascar de freno entre los sauces cercanos. Se incorporó, y después de haber mirado a diferentes puntos, vió que una joven pugnaba miedosa por apretar la cincha de su cabalgadura.

Queriendo ser útil, y por su ingénita cortesía, atracó a la isla y se dirigió presuroso hacia la desconocida amazona. Pero, al estar a pocos pasos de ella, reconoció a Raquel que, sorprendida por el rumor de pasos, dió vuelta el rostro hacia el que venía, reconociendo a su vez a Edgardo.

Este sintió un estremecimiento interior, y hubiera retrocedido por instintivo temor, si no fuera porque estaba seguro de que Raquel ya lo había reconocido, y una vez convencida de ello, lo llamaba agitando su pequeña mano en el aire. Cuando llegó cerca de Raquel, la miró fijamente, envolviéndola toda en esa mirada entre pudorosa y sensual. Ella lo notó, y algo turbada insinuó:

—¿Quiere tener la gentileza de ayudarme?—Y le indicó la cincha desatada.

—Con toda el alma, señorita, a pesar de no ser práctico en estas labores.— Y recibiendo de manos de Raquel la faja desprendida, la aseguró fuertemente; luego, tomando las bridas, agregó, con un ademán de confusa cortesía:— Puede usted seguir su excursión—y terminó la frase con la elocuencia de una sonrisa.

La suspicacia de Raquel adivinó inmediatamente lo difícil del trance: ¿cómo montar de nuevo?

Se miraron largo rato. Edgardo, con acento tierno y en voz muy baja, le dijo acercándose:

—¿No le incomodaría a usted?...

Ella no respondió, pero acercóse al caballo como obedeciendo a una fuerza oculta. Entonces Edgardo se inclinó, y tomándola suavemente de las rodillas, intentó levantarla; pero al sentir entre sus brazos y sobre sus hombros el peso de aquel cuerpo adorable, vibró en su sangre, joven al fin, la profunda vehemencia de aquella siesta de estío, y trémulo de deseo, se levantó pausadamente, sin abrir los brazos, dejando resbalar entre ellos el cuerpo perfumado de la joven. Cuando se incorporó del todo, sintió los brazos de Raquel aún sujetos a sus hombros, y en un impulso loco de vida y de amor, fuera de sí, transformó aquel trance de cortesía en un abrazo desesperado. Raquel, trémula como una estrella, y contagiada del ardor masculino, correspondió al abrazo, y alzando levemente la cabeza, entregó su boca entreabierta y húmeda de voluptuosidad. Y el beso fué bien hondo, casi interminable.

Y el idilio sonó todas sus flautas bajo el ramaje de los sauces...

Cuando Edgardo y Raquel volvieron a la vida normal, les pareció embriagarse con el perfume de los naranjos y limoneros en flor.

¡Azahares, flores de nupcias!

Edgardo, tomando la mano de Raquel, le susurró:

—¡Perdóname! ¿Nos veremos de nuevo?

Ella asintió con la cabeza, sin mirarlo, mientras se arreglaba los cabellos desordenados, todavía trémula de emoción.



—Ya es tarde. ¿Quieres subir?

—Sí.

Edgardo volvió a tomarla por las rodillas, y esta vez los rostros se colorearon de rojo.

—¡Raquel, dame otro beso!

—¡Edgardo!

—¡Sí, otro!

Y ella, inclinándose, dejó sobre la boca de Edgardo el último pétalo de la rosa de amor deshojada en el misterio de aquella tarde de campo.

———

La comitiva se puso en marcha hacia el embarcadero, bajo los tonos cálidos de un maravilloso crepúsculo.

Raquel, de ordinario juguetona y traviesa, se alejó de sus amigas, alegando estar cansada, y fuése a recostar en la baranda del yate.

Edgardo, más pálido que otras veces, se aproximó a la joven, y ésta, al mirarlo de nuevo cerca de ella, tuvo como un temblor subitáneo.

Una luna grande y roja parecía surgir de entre las aguas del río como una rosa enorme.

—¡Raquel, perdóname!—murmuró de nuevo el joven.—¿Cuándo quieres que nos volvamos a ver?

—¡Será difícil, Edgardo! — suspiró ella, como hablando con la luna de rosa.

—¿No sería de tu gusto, pequeña?

—Sí; pero es que dentro de unos días... emprenderé un viaje que tal vez durará largo tiempo...

—Bien, será cuando vuelvas; escríbeme, no obstante, antes de partir; Raquel, no seas malita...

—Te escribiré, Edgardo, pero...

—¿Qué?

—¡Nada!

La campana de la cena los hizo tornar a la realidad, y separándose para no llamar la atención, volvieron a encontrarse en la mesa, donde hicieron todo lo posible por mostrarse ante los demás como de costumbre.

La despedida fué como la presentación: silenciosa y elocuente; sólo que esta vez las manos permanecieron juntas algo más que la primera, y que al alejarse ambos en diferentes grupos, sus rostros eran más blancos y sus ojos más tristes...

Como al cabo de algunos días no tuvo noticias de ella a pesar de su promesa, Edgardo decidió buscarla, y, tomando una guía social, enteróse de su residencia.

Aquel domingo gris y largo, detrás de los cristales de su biblioteca, Edgardo, arrellanado en un sillón, había estado evocando el idilio de la isla, y en el alma dormida bajo la tarde, creyó sentir sonidos de flautas y perfumes de églogas. Y ardió en deseos de verla.

El lunes por la noche salió resuelto para ir a buscarla, y, tomando un carruaje, dióle al auriga la dirección de Raquel, pidiéndole que apurara.

Después de buen andar por calles céntricas, llegaron a los silenciosos barrios del norte, y Edgardo mandó detenerse, una cuadra antes de llegar al número de la casa.

Apeándose, se encaminó lentamente hacia el lugar, con la secreta esperanza de ver a la adorable muñeca de su aventura. Al llegar a la casa, vió que ésta se hallaba iluminada a toda luz, y vigilaban la entrada unos lacayos de lujosas libreas. A ellos se dirigía para inquirir noticias, cuando un auto, parándose en la calle, le distrajo y esperó un instante, advirtiendo al punto que el que llegaba era su amigo Mario, uno de los compañeros de aquel domingo campestre.

—¡Hola, Edgardo, cuánto placer!

—Buenas noches, Mario—contestó Edgardo, algo confuso.

—¿Tú también vienes a la fiesta?—preguntó el amigo en un tono entre malicioso y jovial.

—¿A qué fiesta? — inquirió Edgardo súbitamente.

—Hombre, al casamiento.

—¿Y quién se casa?

—Raquel.

Alfredo R. BUFANO.

Dib. de Peláez.

Curiosidades de la circulación de la sangre

El profesor Leonard Hill, de Londres, ha hecho experimentos muy interesantes acerca de la circulación de la sangre. Según sus cálculos, la presión de la sangre en los vasos del cuello equivale a una columna de mercurio de 120 mm., mientras que en los de la parte inferior de la pierna es igual a una columna de 190 mm., aumento que se explica por la acción de la gravedad en la columna vertical de la sangre. Teóricamente, en un hombre de salud normal colocado con la cabeza hacia abajo y los pies en alto, debía producirse un cambio en las proporciones de la presión; la de las piernas debía bajar a 120 mm., puesto que cesa la acción de la gravedad y debía subir a los 190 en los vasos del cuello y de los brazos.

Para determinar si era cierta la teoría, un estudiante de medicina estuvo colgado por los pies durante tres minutos y la presión de la sangre bajó inmediatamente a 50 mm en las piernas, sin que se produjese ningún aumento en los vasos del cuello y de los brazos.

Estos experimentos tienden a probar que un corazón normal tiene la facultad de adaptarse a todas las posturas que pueda tomar el cuerpo humano y que los principales órganos del cuerpo, especialmente el corazón y la cabeza, conservan siempre la presión normal en sus vasos.

Este fenómeno ha sido observado muchas veces en los acróbatas y gimnastas, los cuales pueden permanecer largo tiempo suspendidos por los pies sin que se les note apenas enrojecimiento del rostro.

Con su vasta red de grandes vasos la cavidad abdominal hace el papel de un depósito capaz de recibir la sangre rechazada por los miembros inferiores, impidiendo así la obstrucción del corazón y de los vasos de la cabeza y del cuello.

———

Un grano de oro fino puede convertirse en un alambre de quinientos pies de largo.

VAMOS A VER...

EN UN JUZGADO

Un usurero espera su turno para entrar en el despacho.

Después de tres horas de espera dice al alguacil:

—¿Cuándo me tocará el turno?

—Pronto. Hay todavía otro ladrón antes que usted.

L. M.

CONFORMES

—Parece que llaman.

—Sí.

—Perico el sacristán no será...

—¡Pero hombre, si se murió por Julio!

—Pues por eso digo que no será.

PROBLEMA DIFICIL

—Pepito, toma esta perra gorda.

—¿Y pa qué?

—Mira: con la mitad te compras una naranja, y con la otra mitad un merengue.

—Dígame, tío Roque, ¿y quién la parte?

Veinticinqueña.

EN LA ESCUELA

Maestra.—¿De qué color es el agua?

Alumno.—El agua es incolora.

Maestra.—Además del agua cíteme otra cosa que sea incolora.

Alumno.—Su cara, cuando no se pinta.

Naum Shusterman.

CLASE DE ZOOLOGIA

El maestro.—Dime, Luisito, el nombre de uno de los rumiantes.

Luisito.—La vaca, señor.

El maestro.—Está bien, y uno de los carniceros.

Luisito.—Floriano y Martigne.

El maestro.—¡Cómo!

Luisito.—Sí, señor, los carniceros del pueblo se llaman así.

Adolfo Corach.

COLMOS

El de un andarín.—Recorrer el ''Mundo'' Argentino.

El de un frentista.—Hacer el ''frente'' a una suegra.

El de un aviador.—Volar en un ''aparato'' digestivo.

El de un sastre.—Aplicar ''botones'' de policía.

El de un bebedor.—Beber con un ''vaso'' de caballo ''caña'' de pescar.

El de un niño.—Saltar con la ''cuerda'' del reloj y jugar con el ''arco''... Iris.

El de un jardinero.—Hacer almácigo de ''pensamientos''.

El de George Walsh.—Presentarse ante la cámara de diputados.

M. S.

PARECIDOS

¿En qué se parece un vigilante a un alfiler?

En que prenden.

¿En qué se parece la leche a una procesión?

En que se cortan.

¿En qué se parece una mujer a una montaña?

En que tienen falda.

María F. Saraire.

EN UNA CARNICERIA

—La carne ha subido de precio.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

—Pues, deme usted medio kilo de la de ayer.

J. R. Shelardotti.

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un veterinario?
Curarle la pata a una mesa.
¿Cuál es el colmo de un jardinero?
Podar las plantas de los botines.
¿Cuál es el colmo de una modista?
Coser a una blusa una manga de langosta.
¿Cuál es el colmo de un carpintero?
Menear la cola de un perro.
¿Cuál es el colmo de un borracho?
Beber una caña de media.
¿Cuál es el colmo de un zapatero?
Clavar los botines con clavos de olor.
¿Cuál es el colmo de un panteonero?
Cavar la fosa para una hormiga.

María J. Saraire.

COLMOS

El de un zapatero.—Clavar los botines con los clavos del fiado.

El de una planchadora.—Planchar con la plancha de un baile.

El de un cambista.—Cambiar libras de chocolate.

El de un botero.—Navegar con la vela de sebo.

El de un carnicero.—Vender el sebo de los empleados públicos.

El de un guardia civil.—Pegar planchazos con una plancha.

El de un cartero.—Repartir las cartas del juego.

El de una moneda.—Circular por la vía pública.

El de un vigilante.—Tocar ronda... na.

El de un oculista.—Operar el ojo de la llave.

El de un papero.—Vender papa... gallos.

El de un carnicero.—Carnear una vaca... ción.

El de un pescador.—Pescar una ballena de corsé.

El de una planchadora.—Planchar con la plancha de la cocina.

Marito.

EN LA MESA

El pequeño Jorge, sentado en la mesa con su familia, mira con insistente atención la rubicunda cara de su papá.

—¿Papá, qué es lo que te pone la cara y la nariz tan colorada?

—Es el viento norte—contesta el padre algo amostazado;—déjese de charlar tanto y páseme la botella del vino.

—Toma Jorge—dice la mamá,—pásale el viento norte a tu papá y ten cuidado de no volcarlo sobre el mantel.

Chula.

SIN TITULO

En la relojería, entra una señora con su hijo a comprarle un reloj; le muestran grandes y chicos, y el pibe agarrando el más pequeño dice:

—Mamá, comprame este que tiene la hora más chica y así salgo más temprano del colegio.

Sarce.

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un dentista?
Limpiarle los dientes a un... peine.
¿Cuál es el colmo de un astrónomo?
Contar las estrellas de un cielo... raso.
¿Cuál es el colmo de un hambriento?
Comer apurado con un tenedor de... libros.
¿Cuál es el colmo de un jugador de billar?
Tirarle a la bola con taco de... botín.
¿Cuál es el colmo de un pedicuro?
Quitarle los callos al pie de un monte.

Juan B. Suraci.

Los primeros pantalones del mundo se usaron por los soldados de Ciro, en Persia.

Entre chinos, el lugar de honor es el izquierdo.

TEATROS

CINEMATÓGRAFOS

Y

VARIETÉS

Daisy De Witt, artista norteamericana de varietés.



Diana Allen, aplaudida actriz de music-hall.



Louise Huff y Jack Pickford en una interesante escena de la película titulada "La flor de la edad", producción de la cinematografía norteamericana.



La actriz española Elena Salvador, del teatro Odeón.
Fot. F. Bixio



Gladys Leslie, celebrada artista de la escena muda.

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli,
para la casa editora Empresa Haynes. Maipú 393. Buenos Aires : : :